

Diálogo vivo UPLGC, 3

Pedro Betancor León

Y

Roberto Moreno Díaz

dialogan con Yaya Hernández Guerra

**Dos canarios de renombre
en los inicios universitarios**



||| EBOOK

 **ULPGC**
ediciones

Diálogo vivo **ULPGC**, 3

Dos canarios de renombre en los inicios universitarios

Pedro Betancor León
y
Roberto Moreno Díaz
dialogan con Yaya Hernández Guerra

Dos canarios de renombre en los inicios universitarios



ULPGC
Universidad de
Las Palmas de
Gran Canaria

Servicio de
Publicaciones y
Difusión Científica

Colección *Diálogo vivo ULPGC*, 3

Directores: Antonio María Martín Rodríguez y Yaya Hernández Guerra

BETANCOR LEÓN, Pedro

Dos canarios de renombre en los inicios universitarios / Pedro Betancor León y Roberto Moreno Díaz dialogan con Yaya Hernández Guerra. -- Las Palmas de Gran Canaria : Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, Servicio de Publicaciones y Difusión Científica, 2022

1 archivo PDF (85 p.) – (Diálogo vivo ULPGC ; 3)

ISBN 978-84-9042-438-4

1. Universidad de Las Palmas de Gran Canaria -Historia 2. Betancor León, Pedro (1946-) – Entrevistas 3. Moreno Díaz, Roberto (1939-) – Entrevistas I. Moreno Díaz, Roberto, coaut. II. Hernández Guerra, Yaya, col. III. Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, ed. IV. Título V. Serie

378.4(649.2Las Palmas de Gran Canaria)(091)(047.53)

Thema: JNM, 1DSE-ES-EAAA y DNP

La colección *Diálogo vivo ULPGC* es un proyecto promovido por el Vicerrectorado de Cultura, Deporte y Activación Social de los Campus de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

© de la edición, maquetación y diseño:

Servicio de Publicaciones y Difusión Científica (ULPGC), 2022

<http://spdc.ulpgc.es> · serpubli@ulpgc.es

Esta obra se distribuye bajo una licencia

Creative Commons BY-NC-ND



ISBN: 978-84-9042-438-4 (pdf)

ISBN: 978-84-9042-437-7 (ed. impresa)

<https://doi.org/10.20420/1675.2022.459>

Fotografías: Nacho González

Diseño del logo de la Colección: Beatriz Dueñas

Diálogo vivo ULPGC en audio y vídeo. Producción del Laboratorio de Medios de Producción de Televisión ULPGC



Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

Índice

Presentación del proyecto <i>Diálogo vivo ULPGC</i> a cargo del Rector de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.....	6
Entradilla al tercer número de <i>Diálogo vivo</i> <i>ULPGC</i> a cargo de su moderadora	8
Transcripción	10
Álbum de fotografías.....	68

**Presentación del proyecto *Diálogo vivo*
ULPGC a cargo del Rector de la
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria**

La vida es memoria. La memoria necesita de las palabras. El intercambio de palabras lleva al diálogo. El diálogo nos da vida. De ahí el nombre de la presente colección, *Diálogo vivo ULPGC*.

Y es que las cosas no se hacen solas, siempre hay alguien que las hace. Y nuestra Universidad necesitó de muchas manos, de muchos esfuerzos individuales y colectivos que la hicieran posible y que la construyeran como la realidad viva que disfrutamos hoy y que pretendemos desarrollar para las generaciones venideras.

Distinguido lector, el libro que tiene ahora entre sus manos (y el vídeo que podrá visionar) es uno de los frutos de un proyecto surgido a raíz de la conciencia de que es necesario recuperar la memoria viva de nuestra Universidad y, además, reconocer el trabajo realizado por quienes han protagonizado la vida de nuestra casa común y han hecho posible que hoy disfrutemos de ella.

Mi abuela solía recordarme que a las personas hay que mostrarles nuestro agradecimiento y homenajarlas en vida. Y qué mejor manera de valorarlas que crear un escenario y un contexto en el que puedan compartir con nosotros cuál ha sido su experiencia de la Universidad, qué problemas afrontaron, cómo vislumbraron las posibles soluciones.

Y por qué no sentar en el ágora de nuestra Universidad, en nuestro Paraninfo, a los protagonistas del devenir histó-

rico de nuestra institución, invitarlos a dialogar de tú a tú en una conversación conducida, guiada y estimulada, alternándose en cada entrega, por los dos directores de la Colección: Adelaida Hernández Guerra, cariñosamente Yaya, quien ha sido responsable de nuestro gabinete de comunicación a lo largo de todos estos años y que ha vivido de primera mano y en primera línea el devenir de la casa, desde sus inicios hasta su realidad actual, con una admirable entrega a su labor; y Antonio María Martín Rodríguez, catedrático de Filología Latina de nuestra Universidad y Director del Servicio de Publicaciones y Difusión Científica.

La colección está coordinada por el Vicerrectorado de Cultura, Deporte y Activación Social de los Campus y responde a las reflexiones en el seno del Equipo de Gobierno, con el Servicio de Publicaciones y Difusión Científica y la propia comunidad universitaria. Tenemos que mantener vivo aquel diálogo que nos engendró y alzar la voz para que se recuerde de dónde venimos y cuál es nuestra misión.

Nuestra intención es promover esta idea, que une a cuantos trabajamos en esta casa común que es nuestra Universidad, y divulgar una amplia colección de libros y vídeos que comparta una instantánea personal de cómo vieron y vivieron nuestra Universidad quienes la han hecho posible a lo largo de los años. Un repositorio de nuestra memoria viva, de modo que podamos preservarla para las jóvenes generaciones actuales y las generaciones futuras. Una buena oportunidad para recordar lo que hemos logrado juntos y animarnos a alcanzar nuevos retos. Siempre juntos.

Feliz memoria.

Feliz diálogo.

Lluís Serra Majem
Rector

Entradilla al tercer número de *Diálogo vivo ULPGC* a cargo de su moderadora

Tener una cita con dos personas que son pilares de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria es un privilegio que me ha aportado esta colección *Diálogo vivo ULPGC*. Pedro Betancor León y Roberto Moreno Díaz —tanto monta, monta tanto— han sido y son voces cualificadas que participaron activamente en los años previos a la creación de la ULPGC, uno en el Colegio Universitario y otro en la Universidad Politécnica de Las Palmas.

Su análisis de esos años previos a la ULPGC, cómo se vivía el día a día en situaciones universitarias que podríamos calificar de inciertas, es una parte del interés de nuestra charla, pero no menos interesante es conocer sus orígenes, sus primeros años en una isla, Gran Canaria, en la que apenas había estudiantes y menos universitarios.

Entonces no se conocían, uno de Mogán y otro de Gáldar, ni compartían aulas, a pesar de que ambos tuvieron que estudiar en Guía, donde se encontraba el Instituto, pero en ambas familias no había antecedentes de estudios universitarios. Estaban destinados a seguir sagas familiares, Pedro como pescador y Roberto como sus hermanos mayores, trabajando en lo que se podía para poder vivir. Pero eran rara avis. Pedro iba en barca con su padre desde Mogán a Guía para estudiar, levantándose a las cuatro de la mañana hasta lograr ser el primer médico de Mogán y

con plaza en el Clínico de Barcelona; y Roberto despuntó como ayudante de reparador electrónico y terminó con los años pudiendo elegir entre dos universidades americanas de altísimo prestigio, ya que ambas quisieron contar con su presencia y trabajo.

Son ejemplos también de una época en la que no era fácil estudiar una carrera, elegir un futuro que no fuera el predestinado por la cuna, una época en la que, al no existir estudios universitarios en Gran Canaria, gran parte de la población no tenía acceso a ellos.

Sobre todo, son dos extraordinarias personas, dos consolidados profesionales y académicos, reconocidos en España y el extranjero, que decidieron volver a su isla en medio del Atlántico y aquí ayudar a la creación de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.

Dos canarios de renombre en los inicios universitarios que nos ayudan a comprender mejor lo vivido en la génesis de los centros que serían el germen de la ULPGC.

Este Diálogo se celebró en el Paraninfo de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria el 28 de julio de 2021.

Yaya Hernández Guerra
Gabinete de Comunicación

**Dos canarios de renombre en los inicios
universitarios**

Diálogo vivo ULPGC, 3.

(Transcripción)

P.B.L.: Pedro Betancor León

R.M.D.: Roberto Moreno Díaz

Y.H.G.: Yaya Hernández Guerra

Presentación del Rector Lluís Serra Majem

Estamos ante un nuevo episodio de esta serie viva de nuestra Universidad, nuestra serie parlante, moderada por Yaya, nuestra experta, nuestra periodista de cabecera, nuestra guía espiritual en la comunicación y en la prensa. Y hoy tenemos dos invitados súper especiales, dos pilares de esta Universidad, dos personas que han contribuido de forma fehaciente y muy profunda a su construcción. En primer lugar, a la derecha, tenemos al profesor Roberto Moreno Díaz, que es uno de estos grandes impulsores, el alma mater de los estudios de Informática, catedrático de Electromagnetismo desde el año 1978 y catedrático de Ciencias de la Computación e Inteligencia Artificial después. Ejerció de profesor en la Universidad de Madrid, desde donde se incorpora al Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT), donde inicia su contacto con la robótica desde la NASA en el diseño de robots. Desde el MIT pasa por la Universidad de Zaragoza, donde ya establece un importante grupo de investigación en redes neuronales, visión y computación, y en el año 1969 regresa a Las Palmas, donde ha sido fundador de diversos grupos de investigación y ha dejado una huella importantísima en

nuestra Universidad. Él es de Gáldar, hijo predilecto de Gáldar autor de numerosos trabajos de investigación sobre neurocibernética, teoría retinal, visión natural y artificial. Ha ocupado distintos cargos docentes y de investigación: decano de la Facultad de Informática, director del Instituto Tecnológico de Canarias (ITC) y director del Instituto Universitario de Ciencias y Tecnologías Cibernéticas (IUCTC) de esta Universidad. Entre otros muchos méritos es académico correspondiente de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Madrid; en 1985 se le concede el Premio Canarias de Investigación; ha sido nombrado hijo predilecto de Gáldar; ha obtenido el Can de plata al mérito científico del Cabildo de Gran Canaria y es miembro de la Academia Internacional de Sistemas y Ciencias Cibernéticas. Ha sido profesor emérito de esta Universidad, y aunque ahora se dedica mucho más a la pintura, continúa todavía con un ojo entero puesto en la Ciencia y en la Academia.

Por su parte, el profesor Pedro Betancor León es catedrático de Medicina Interna. Estudia en Cádiz y se traslada a Madrid para realizar la especialidad en el Hospital Gregorio Marañón. Obtiene una plaza de profesor titular en la Universidad de Barcelona a la que renuncia para venirse al Colegio Universitario de Las Palmas. Cuatro años después es nombrado catedrático en la Universidad de Oviedo, donde permanece algunos meses, pero vuelve a su isla natal, a su Mogán natal, porque él es un moganero de excepción —tiene en Mogán una calle que lleva su nombre desde hace ya alguna década—. Fue el fundador de los estudios de Ciencias de la Salud de la ULPGC, fue su primer decano, director del Colegio Universitario de Las Palmas y maestro de muchos maestros. También fue director provincial del Insalud, director del Hospital Insular y también jefe del Servicio de Medicina Interna, primero en el Hospital Insular y, luego, en el Hospital Doctor Negrín, hasta septiembre del 2012. Tiene múltiples premios y re-

conocimientos: la Medalla de Oro al Mérito del Trabajo; hijo adoptivo de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria; hijo predilecto de la isla de Gran Canaria...

P.B.L.— ... e hijo predilecto de Mogán.

Rector— ... claro, también hijo predilecto de Mogán. Si tiene una calle, ¿cómo no va a ser hijo predilecto!

P.B.L.— ... pero es que no estaba. Disculpen la interrupción, pero es que se había traspapelado el expediente y hace quince días que lo encontraron en el Registro y me lo han enviado.

R.M.D.— Perdona, Pedro, pero ¿no es una plaza?

P.B.L.— Sí, una plaza.

Rector— Sí, una plaza.

R.M.D.— No lo degrade, Lluís. [Risas]. El que tiene una calle soy yo.

Rector— La verdad es que yo a ambos les tengo mucho, mucho cariño. Los dos han influido en cierto modo en mi carrera y a mí me gustaría mencionar también de Pedro que fue candidato a rector. Una candidatura que se fraguó por allí por el año 1997, una candidatura fuerte; teníamos enfrente una persona que acabó siendo un gran rector, como fue Manuel Lobo. Pedro no ganó las elecciones por muy poco y, posiblemente, la Universidad hubiera sido distinta. Yo iba en esta candidatura como vicerrector de Investigación y Relaciones Internacionales, me creaste ahí, Pedro, un nombre, un popurrí de vicerrectorados...

R.M.D.— Tenía sentido, porque el que investiga tiene que ser internacional.

Rector— Y yo creo que hay que decirlo, porque parece que en esta Universidad no se puede hablar de las contiendas electorales, pero hay que hacerlo, porque, al fin y

al cabo, son la memoria también de nuestra Universidad. Sin más, Yaya, te los dejo a ti a los dos, estrújalos bien porque tienen mucho, mucho que dar todavía. Muchas gracias a los dos por haber aceptado este reto para perpetuar un poco lo bueno, que es mucho, de nuestra ULPGC. Muchísimas gracias.



Inicio del *Diálogo*

Y.H.G.— Lo bueno de estar con dos maestros es que uno siempre aprende y yo me pongo aquí a intentar guiar un diálogo, pero son ustedes, sin duda, con su sabiduría, con sus recuerdos, con su conocimiento, los que lo enriquecen. Yo soy una mera guía para intentar llevar a buen puerto esta tarde este rato de diálogo. Ustedes han estado hablando en la pre grabación de su infancia, de las dificultades para estudiar... Yo quería empezar este *Diálogo* ya siendo ustedes universitarios, pero me gustaría saber antes si en su casa existía tradición universitaria y qué tipo de alumno universitario era cada uno de ustedes.

R.M.D.— En mi casa, primero, no sabían lo que era tradición y, segundo, no sabían lo que era ser universitario, así que ya tienes la respuesta completa. Tradición en mi casa era lo que hacía mi abuela, lo hacía mi madre y lo hacía muy bien. Y mi padre lo que hacía era trabajar para mantener a los gansos de los hijos hasta que tuvieran diez años y pudiera mandarlos a trabajar, que era lo que nos tocaba o lo que nos iba a tocar. O sea, que tradición universitaria en mi casa, —vamos a decirlo en galdense—: “0-0”. [Risas].

Y.H.G.— ¿Y en tu caso, Pedro?

P.B.L.— En mi caso no hay ningún universitario previo, no solo en mi familia propia sino en la globalidad de la familia, que es bastante numerosa; yo fui el primero y también el segundo médico de todo el municipio de Mogán. Obviamente, en mi casa no había ningún conocimiento de lo que era la universidad. Mi padre era el representante de una empresa pesquera en la Playa de Mogán. Mi madre era costurera de hombres, hacía calzoncillos, hacía trajes, hacía pantalones, y así siempre la vi, incluso con un grupo de chicas jóvenes que iban a coser a mi casa; se pasaba allí horas y horas trabajando, aparte de alimentar a los seis hijos más los dos abuelos. La casualidad de que yo estudiara fue, precisamente, como comentábamos antes, gracias a un médico de pueblo excepcional que había allí [Ignacio Cantero del Río]: hacía cirugía menor, hacía partos... se preocupaba de todo el mundo... Me sorprendió, además, porque tenía una biblioteca enorme, leyendo como recuerdo que se leía en esa época en Mogán, donde no solo no había carreteras, sino que no había luz eléctrica —no la hubo casi hasta los años 80— y tampoco había agua corriente. Entonces se leía con velas y, posteriormente, con luz de gas. Como decía, me sorprendió aquello y la diligencia y lo bien que lo hacía aquel señor, y quise imitarlo...

«Yo fui el primer universitario de mi familia y también el segundo médico de todo el municipio de Mogán»

Y.H.G.— O sea, que elegir Medicina fue a conciencia.

P.B.L.— Vino dirigida por él. De hecho, el Bachiller Laboral estaba dirigido a carreras técnicas, y el único que no hizo Técnicas de los que estudiábamos en toda la promo-

ción fui yo, que fui el único que me fui a Telde a hacer el Bachiller Superior y luego convalidar con lo que era el PREU antiguamente, para poder acceder a la universidad. Y elegí después la universidad de Cádiz porque era lo más cerca y lo más barato, y la beca no daba para más.

Y.H.G.— Y en tu caso, Roberto, ¿la elección de carrera fue una casualidad o fue algo premeditado como en el caso de Pedro?

R.M.D.— Mi caso es un caso divertido; en cierto modo, comparado con el de Pedro, lo ha sido mucho más o, por lo menos, más divertido lo fue entonces. Mi hermano Félix me pasaba —ya dejó de pasarme porque se paró— me pasaba diez años cuando le tocó el turno de salir a la calle. Somos once hermanos, once vivos de trece que hizo parir mi padre a mi madre, —aunque ella también estaba de acuerdo—, así que cuando mi hermano Félix salió a la calle se puso de ayudante con alguien que, en la calle del Agua, se dedicaba a arreglar radios y, entonces, se hizo radiotécnico de la época, que era el que arreglaba aparatos de radio. Entonces, la luz en Gáldar la ponía la fábrica..., la planta eléctrica se encendía a las seis de la tarde, porque de día no hacía falta la luz, solo cuando había que encender los bombillos. Y Félix, en cuanto salió del cuartel, con veinte años, me cogió a mí que tenía diez y me metió en el taller con él. Y entonces empecé a escuchar la radio y empecé a hurgar en la radio y a escuchar a Mozart, en onda corta. Eso no lo olvido nunca: escuchaba unos violines, ¡aquellos violines!, hasta que escuchando y escuchando la radio por la noche —¿tú recuerdas, Pedro, que se sintonizaba la radio por la noche?— me enganché a la música, pero, en fin, después no pude estudiar música. Pero sí seguí con la electrónica: diseñé transformadores, bobiné motores, hice que el cine de Gáldar funcionara cuando se rompía..., boberías de esas. Y cuando terminé

—yo sacaba matrícula de honor en todas las asignaturas, porque me dedicaba a estudiar, entre otras cosas—, dije: “Voy a hacerme ingeniero de Teleco”. Pero no pude hacerlo, porque había cambiado la ley y empezaba el Preuniversitario, —yo soy del primer año del Preuniversitario—, y desde el Cardenal Cisneros de Gáldar me tuve que venir —nos examinaban libres y, a pesar de eso, sacaba muy buenas notas— a vivir con mi hermano a Guanarteme, arriba, donde todavía había un montón de arena, y cogía mi bicicleta y me iba al Instituto que estaba en la calle Canalejas y que dirigía entonces don Manuel Socorro.

El caso es que saqué el número uno en el Instituto y entonces me dijeron en Gáldar: “Pida una beca al Cabildo, que el Cabildo da unas becas para estudiar”. Entonces pedí una beca al Cabildo y otra beca al Sindicato, y me las dieron. Yo quería hacer Ingeniería de Telecomunicaciones, pero había que ir a Tenerife a hacer el Selectivo, ya que entonces había que hacer un Selectivo para estudiar ingenierías. Mi vocación fracasada es ingeniero de Telecomunicaciones. Entonces, estando en Tenerife, el catedrático de Física, que acababa de llegar de Madrid, en el examen final me dijo: “Usted se puede ir, que tiene matrícula”. “Pero”, le dije yo, “no me ha preguntado de Electrónica, qué es lo que sé”. Entonces el tío se me quedó mirando y me preguntó algo sobre la polarización de un tubo pentodo en un amplificador de potencia de audio, y yo se lo dije. Me llamó después y me dijo: “Si usted estudia Física Electrónica en Madrid le garantizo que entra en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas”. Como yo lo que quería era investigar, pues me dije: “Pues ya está, hago lo que me dice este señor”. Y de ahí para adelante hice lo que me dijo ese señor; ese es el misterio, no hay otro. [Risas]. Podía haber sido poeta, porque ganó todos los premios de literatura [Risas], en el Instituto tam-

bién. Pintor no, porque está visto que he perdido todos los amigos desde que estoy pintando... [Risas], o sea que pintor, no.

«Escuchando y escuchando la radio por la noche, seguí con la electrónica. Mi vocación fracasada es ingeniero de Telecomunicaciones»

Y.H.G.— Imagino que ambos fueron muy buenos estudiantes, porque personas becadas no podían permitirse perder la beca por no ser buenos estudiantes; pero, ya desde que entraron en la universidad, ¿pensaron en ser profesores universitarios?, ¿les atraía la docencia universitaria?, ¿tenían buenos profesores?, ¿cómo fueron esos años?

P.B.L.— Yo tuve una enorme suerte, porque Cádiz era una universidad que tenía la fama de ser una universidad de paso. Se decía, “médico por Cádiz, boticario por Santiago y abogado por Granada, total nada”, porque, en esa época, había únicamente nueve facultades de Medicina en España y, claro, salía una plaza cuando alguien se moría o se jubilaba; entonces, donde primero iban los nuevos catedráticos era a Cádiz y, desde que podían, se marchaban. Yo tuve la suerte de que, de las veintinueve asignaturas que tuve en la carrera, “estrené”, digamos, veintidós profesores nuevos, recién llegados, con muchísimo ímpetu. Uno de ellos luego fue mi maestro y con otro de ellos estuve de alumno interno por oposición desde el tercer curso; al alumno interno se le remuneraba en esa época, iba poco a clase y pasaba mucho tiempo en el hospital, como si fuera un residente hoy en día, pero de estudiante. Me gustaba la enseñanza, me gustaban los profesores y tuve una suerte enorme con ellos. Efectivamente, de las veintinueve asignaturas obtuve veintiséis matrículas, un notable y dos sobresalientes; el notable, juro que fue injusto, porque me

presenté a matrícula porque me citaron para presentarme a matrícula, porque tenía sobresaliente, preguntaron algo que no figuraba y entonces me rebajaron la nota. [Risas].

R.M.D.— Pero para todo eso hay que estudiar, ¿eh? ... [Risas].

P.B.L.— ¡Ah, no, no! Yo cogí y mantengo la costumbre que había adquirido, como decía antes, cuando tenía que coger el coche de hora de Mogán, de levantarme a las cuatro de la mañana. Desde los dieciocho años, me levantaba a las cuatro de la mañana, estudiaba hasta las siete y, luego, por las tardes, estudiaba hasta las ocho, salía a dar una vuelta y a las nueve era la cena en el Colegio Mayor, cenaba, y a las diez, a la cama.

R.M.D.— ¿Tú estabas en un colegio mayor? ¿Podemos hablar entre nosotros? [Dirigiéndose a Y.H.G.].

Y.H.G.— Sí, claro.

R.M.D.— ¿Tú estuviste en un colegio mayor en Cádiz?

P.B.L.— Era obligatorio, porque era el colegio oficial del Frente de Juventudes.

R.M.D.— ¡Ah, claro! Lo mismo que yo. Yo estuve en el Colegio Mayor José Antonio.

P.B.L.— Y yo en el Beato José Diego de Cádiz, frente al Parque Genovés...

R.M.D.— ¡Dios nos salve!

P.B.L.— ... que era el único que había en Cádiz y lo gestionaba la Universidad.

R.M.D.— Es lógico.

P.B.L.— Y los becarios tenían obligación, bueno, era preferente para los becarios, y al Colegio le interesaba mucho

tener becarios porque la financiación dependía mucho de...

R.M.D.— ... de la nota nuestra.

P.B.L.— Exactamente.

R.M.D.— A mí me echaron del Colegio cuando acabé la carrera porque, como yo era comunista... [Risas].

P.B.L.— Yo fui luego subdirector; primero fui decano consiliario, que se llamaba; cuando llevaba tres años allí...

R.M.D.— ¡Ah!, ¿tú fuiste decano?

P.B.L.— Decano consiliario en el Colegio Mayor.

R.M.D.— El decano mío me mandaba a mi..., ¿tú no mandabas?

P.B.L.— No. Y luego, el último año, cuando terminé la carrera..., porque yo quinto y sexto los hice en un solo curso, porque mi padre falleció en la Semana Santa del cuarto curso, y me quedaba quinto y sexto, y como yo era delegado de la Facultad, conseguí cambiar un poco los planes de estudio y hacer que algunas asignaturas pequeñas como Ojos, Otorrino, etcétera, pudieran ser cuatrimestrales. Entonces, el que aprobaba dos asignaturas en febrero podría matricularse del siguiente Curso y, de esa manera, yo pude hacer quinto y sexto a la vez. Yo trabajé un año en Cádiz y ese año fue cuando fui subdirector del Colegio Mayor. Yo hice en cinco años la carrera.

«Quinto y sexto de Medicina los hice en un solo curso, porque mi padre falleció en la Semana Santa del cuarto curso»

R.M.D.— El Colegio Mayor creo que ha sido una gran experiencia, por lo menos para mí lo fue...

P.B.L.— Hombre, era una maravilla. Es una pena que haya tan pocos...

R.M.D.— Para mí, el gran descubrimiento fue disponer de una biblioteca increíble y de una discoteca maravillosa.

P.B.L.— El mío no tenía discoteca, pero sí biblioteca. [Risas].

R.M.D.— Me refiero a discoteca en el sentido clásico, de discos de vinilo, de Bach para arriba.

P.B.L.— Yo creo que la convivencia y la hermandad, el cambio de impresiones de las distintas titulaciones del Colegio Mayor enriquecen muchísimo.

R.M.D.— Sí, y la camaradería. Yo fui totalmente deformado por el Colegio Mayor y me imagino que tú también. Yo fui deformado y formado por el Colegio Mayor.

P.B.L.— Yo guardo muy buen recuerdo del Colegio Mayor.

Y.H.G.— Y unos profesores universitarios que tienen posibilidad de trabajar en Barcelona, de trabajar en el Gregorio Marañón, de trabajar en el MIT, de trabajar donde quieran, ¿cuándo deciden volver a Gran Canaria y por qué?

P.B.L.— Bueno, en mi caso, fue una decisión, digamos, forzada. Yo, a los veintisiete-veintiocho años era jefe de Sección en la Seguridad Social, solo me quedaba por encima la Jefatura de Servicio y, claro, Jefatura de Servicio solo hay una y el jefe de Servicio era además mi maestro, el profesor Schüller [Amador Schüller Pérez] que fue rector de Madrid y que tenía entonces cincuenta y tantos años, así que para ser jefe de Servicio tenía que trasladarme desde Madrid a donde hubiera una Jefatura de Servicio, porque eran oposiciones nacionales, a cualquier sitio que quedara una vacante.

El *12 de Octubre* era hospital universitario, en los que, a diferencia de hoy, los alumnos estaban allí todo el curso, —algo que yo intenté aquí y no me dejaron—, es decir, los alumnos recibían todas las asignaturas en el propio Hospital, excepto Medicina Legal e Historia de la Medicina, que las daba Laín Entralgo, y para las que tenían que ir a la Complutense; el alumno vivía en el Hospital desde las ocho de la mañana hasta las cuatro o las cinco de la tarde, y ayudábamos, teníamos un pabellón docente y allí dábamos las clases; empecé como asociado y, entonces, me dije: “Aquí hay que ir a la Universidad, porque es un sobresueldo” y yo tenía tres chiquillos y mi mujer era estudiante.

«En Madrid el alumno vivía en el Hospital desde las ocho de la mañana hasta las cuatro o las cinco de la tarde, algo que intenté aquí y no me dejaron»

Salieron unas oposiciones que, en esa época —estamos hablando de pre LRU— ... y me presenté a las oposiciones de Titular y había vacantes en varios sitios, entre ellos, recuerdo, Badajoz, no sé si Valladolid, y Barcelona, y yo digo: “¿Dónde me pueden dar a mí permiso de modo que no me obliguen a trasladarme para yo poder seguir en Madrid?... ¡pues, Barcelona!”. Y voy a referir una anécdota porque es graciosa. El catedrático, también rector, era un señor que ahora no recuerdo el nombre, que era muy famoso [Antoni Badia i Margarit], y tomamos posesión delante de él y, al terminar, le dije: “Discúlpeme usted, mire, es que tengo plaza asistencial en Madrid y, en fin, venirme a Barcelona, con la familia ...”. Y él me contestó: “Me hace usted un gran favor, porque nosotros no admitimos que las plazas de la Universidad de Barcelona sean publicadas y convocadas por el Ministerio desde Madrid”. Y, en ese

momento, me pasó de supernumerario. Un mes o dos meses después, un tío mío que trabajaba en el Instituto de Telde me mandó un anuncio del periódico, que salía a concurso la plaza de profesor titular de Patología General del Colegio Universitario y ahí ya me presenté, gané el concurso, no sé si era concurso u oposición, y me vine para el Curso 79-80.

Y.H.G.— ¿Y en tu caso, Roberto?

R.M.D.— ¿En mi caso...?

Y.H.G.— ¿Por qué renuncias al MIT?

R.M.D.— Yo no renuncié a nada...

Y.H.G.— ¿Por qué decides venir a Gran Canaria?

R.M.D.— Yo me muevo de un lado a otro... Vamos a ver. Cuando yo terminé la tesis doctoral tenía veinticinco años. Acabo la tesis doctoral y ya había corregido un trabajo que habían hecho en el MIT y, entonces, me dice el jefe Santesmases, —García Santesmases es el pionero de los ordenadores en España—: “Moreno”, —entonces me llamaba por el apellido, cuando saqué la cátedra ya empezó a llamarme Roberto—, “Moreno, creo que usted debe solicitar una beca para ir al extranjero y, a ser posible, al MIT, que es donde está el padre de toda la cibernética y redes neuronales; le voy a dar un pequeño mamotreto, estúdielo a ver si lo entiende”.

Yo cogí aquello, que eran unos *proceedings*, lo entendí y lo corregí; entonces mandé una carta pidiendo, primero, una beca y, segundo, la admisión en el MIT y en Rochester [NY State University en Rochester], que era el otro grande. Me admitieron en los dos, pero, evidentemente, yo me decidí por el MIT. Yo era profesor adjunto interino, que se llamaba entonces. Por cierto, allí, en ese entonces, Paco Rubio era mi alumno y yo convencí a Santesmases

para que le diera la beca para que fuera a Eindhoven a estudiar Electrónica; luego, cuando él vino, le dije: “Mira, Paco, yo me voy a ir a Estados Unidos y voy a decirle a Santesmases que te nombre adjunto interino”. Y lo nombró adjunto interino y yo me fui a Estados Unidos. Fui con una beca de España, pero cuando llegué allí les resolví un problema que tenían liado con un ordenador, y lo hice con análisis matemático. El Vicerrector [de Cultura, Deporte y Activación Social de los Campus, José Luis Trenzado, presente en el acto] es físico y sabe que el análisis matemático es muy potente, mucho más potente que los ordenadores, de aquí a Lima, lo que pasa es que no se vende tanto. Entonces, los tíos dijeron: “A este tío lo tenemos que contratar, pero, ¿cómo lo contratamos?, ¿qué es?, ¿doctor de dónde?” Warren McCulloch me dijo: “Where are you doctor from?” Y yo dije: “Madrid”. Entonces, Ralph Sayers, no se me olvidará el nombre, el gerente del MIT, dijo: “¿Madrid?, ¿Madrid da títulos de doctor? No está en la lista”. Todo era para ponerme el sueldo, y Warren dijo: “Harvard”. Y me dio un sueldazo, macho; me compré un Chevrolet enorme. ¡Lógico!, ¡tenía veinticinco años! [Risas].

«Mandé una carta pidiendo, primero, una beca y, segundo, la admisión en el MIT y en Rochester, que era el otro grande. Me admitieron en los dos»

Entonces, Santesmases me escribe y me dice: “Roberto, salen oposiciones por última vez en la historia de forma directa a cátedra de universidad. Si eres doctor, tienes un buen *curriculum vitae* y un tribunal amigo, te hacen catedrático, por última vez en la historia. ¿Vienes?”. [Risas]. Le dije: “No... , voy a discutirlo”. Yo, entretanto, me había enamorado, ¡boberías!, me había enamorado en Gáldar, ¡mira tú!, y me casé y eso, y ya Roberto había nacido...

El caso es, ¿por qué me vine de Estados Unidos? Pues porque Santesmases me dijo que me presentara a la cátedra. Saqué el número uno; había dos plazas, Salamanca y La Laguna, pero a mi colega, que le entró al pobre un poco de indigestión, como era un compañero, le dije: “Mira Juan [Juan Ayala], no te preocupes, porque, como yo me voy a ir a ocupar la cátedra de Electrónica de don Juan Cabrera en Zaragoza —yo ya lo tenía todo calculado—, pues solo voy a estar un año en La Laguna, como todos los catedráticos, y luego me voy a ir, porque, aunque sea de Gáldar, no soy de La Laguna y me voy a ir”.

Tomé posesión en La Laguna, me vine aquí [Gran Canaria] y entonces, —y esto es muy importante si hablamos de la historia de la Universidad—, vinieron a verme Carlos Bosch [Carlos Bosch Millares] y Manolo Bermejo [Manuel Bermejo Pérez], al apartamento donde estábamos en Las Canteras, —un apartamento que teníamos en Las Canteras mientras esperábamos para ir a Tenerife, aunque mi mujer y los chiquillos estaban en Gáldar con los padres—. Vinieron y dijeron: “Roberto, somos doctores”, y yo les dije: “Y yo también”. Y dicen: “Necesitamos un catedrático para que se quede aquí y usted es catedrático”. Y yo me dije: “Encantado, si en lugar de ir a Tenerife me quedo en Las Palmas, pues, ¡mira tú!, yo encantado, firmo ya, ¿dónde hay que firmar?”

Porque el Cabildo [de Gran Canaria] había estado negociando —y este es el origen de la Universidad— había estado rompiéndose los cuernos, —entonces había muchos—, intentado conseguir en Madrid la Universidad de Las Palmas. Y lo primero que consiguieron fue que Madrid accediera a crear en Las Palmas algo más que una escuela universitaria, que entonces no se llamaba escuela universitaria, porque lo que había era la Escuela de Peritos Industriales, la Escuela de Peritos Mercantiles y la Escuela de

Magisterio, es decir, escuelas, eso es lo que había, pero una facultad o una escuela de ingenieros, ¡ni de broma!, iba a decir, ¡ni de coña! ..., ¡ni de broma! Claro, ponían como requisito contar con tres catedráticos, uno de Física, uno de Química y otro de Matemáticas, ¡nada menos! Y eso era difícil en aquellos tiempos, pues entonces no había tantos catedráticos, —en el escalafón viejo de catedráticos, al cual pertenece Cajal, yo soy de los últimos y soy el 1125, no éramos tantos—.

Y encontraron a Joaquín Ocón [Joaquín Ocón García, catedrático de Química] que había tenido un conflicto en la Universidad de Santiago de Compostela y dijo: “A Santiago que le den”, y se vino para acá; Nácere Hayek [Nácere Hayek Calil, catedrático de Análisis Matemático] había sacado la cátedra recientemente en Sevilla, siguiendo a su maestro, un catedrático de Análisis Matemático, de apellido Castro Brzezicki, un gran profesor de Análisis Matemático y también Nácere, que era un genio en funciones de Bessel; pero Nácere era libanés y, entonces, la tienda la tenía en Tenerife, y pensaría: “¿Qué hago yo en Sevilla? Me voy a Las Palmas y allí controlo mi tienda y no pasa nada”. Además, era amigo del Rector y de ATI, era de ATI, está más claro que el agua. Y faltaba un catedrático de Física y catedráticos de Física no había en todo el país, había dos o tres, y uno de ellos era de Gáldar y estaba en la playa de Las Canteras... entonces, yo dije: “Bueno, pues ya está”. Y se creó el germen de la Universidad Politécnica de Las Palmas, que es la primera Universidad y la única Universidad que ha sido creada aquí; las demás han sido modificación del nombre, todas.

«Hacia falta contar con tres catedráticos para crear una Escuela de Ingenieros y me decidí. Y se creó el germen de la Universidad Politécnica de Las Palmas»

Y.H.G.— Cierto, cierto.

R.M.D.— Y eso lo dice perfectamente Antonio Núñez en un artículo que publicó en el año 2009 en La Provincia [La Provincia, 7 y 8 de julio de 2012] y que yo guardo. Antonio Núñez tiene algunas creencias..., pero eso no es un problema, eso puede superarse, las creencias son cuestiones de los cerebros, las creencias...

P.B.L.— Son cuestiones personales.

R.M.D.— Tú, [dirigiéndose a P.B.L.] como médico sabes que los cerebros crean fantasías. Pero, bueno, Antonio Núñez es un observador asombroso y es un notario impecable, y ese artículo es de una fidelidad, que yo recomiendo y si realmente se quiere saber la historia de la Universidad de Las Palmas hay que leer ese artículo, porque es imparcial.

Y.H.G.— ¿Qué universidad encontraron cuando llegaron a Las Palmas, al Colegio Universitario o a ese germen de la Universidad Politécnica de Las Palmas?

P.B.L.— El Colegio Universitario no era Universidad, era la División de Medicina. El Colegio Universitario eran las distintas titulaciones que denominaban “Divisiones”. La División de Medicina tenía un número muy limitado de alumnos; bueno, al principio, cuando yo llegué, no estaba realmente limitado, aunque luego ya tuvimos *numerus clausus*; pero solo se impartía hasta el tercer curso y, al finalizar este, los alumnos tenían que irse a La Laguna. No había ningún numerario, yo fui el primer numerario

del Colegio y, luego, el primer catedrático, pues yo fui catedrático siendo aún Colegio Universitario, pero sí eran profesores bastante buenos, muy formados y gente joven, en un ambiente fantástico; además se trabajaba muchísimo, y se leían muchas tesis que, curiosamente, teníamos que ir a leerlas a Tenerife, jamás admitieron venir a Las Palmas a la lectura de las tesis e, incluso, en muchísimas ocasiones, nos nombraban un tutor, que yo recuerdo que, en mi caso, eran médicos, obviamente, todos amigos míos, pero que eran asociados o titulares cuando yo era catedrático y me ponían un supervisor para mí, que luego firmaban en la carátula de la tesis como... [Risas].

«**Para las tesis La Laguna nos nombraba un tutor, que en muchos casos eran amigos, que no eran catedráticos como yo**»

R.M.D.— Que era La Laguna, ¡qué me vas a contar! Luego te contaré.

P.B.L.— Luego estaba Enfermería, pero Enfermería dependía del Cabildo, estaba al lado, detrás del Colegio Universitario, era autónoma y no pertenecía a La Laguna. En la época que yo llegué, en el año 1979, dependían de La Laguna Empresariales y Magisterio y, por otro lado, estaba la Politécnica, que era independiente.

Y.H.G.— La Politécnica donde estaba Roberto. ¿Cómo fue esa primera Politécnica? ¿Qué recuerdas de esa primera Politécnica?

R.M.D.— La Politécnica tuvo un origen *sui generis* y se creó como consecuencia de la acción política del Cabildo, fundamentalmente, y de un diputado, concretamente, del antiguo CDS. La Politécnica se crea en el año 1979 y yo vine aquí en el año 1977, convencido ya... Claro yo pasaba los veranos aquí y me reunía a veces con Carlos Bosch y

con otras personas. ¿Se acuerdan del periódico Diario de Las Palmas? Pues el Diario de Las Palmas, como en verano no tenía noticias, pues me hacía una entrevista, porque yo era un catedrático que venía así, como exótico... y me preguntaban sobre la universidad aquí y yo lo que decía era que, por lógica, aquí lo que había que hacer es tener una universidad grande, crear una universidad regional, y crear una facultad de Físicas en Las Palmas y yo vendría y la crearía, pero no, lo que hicieron fue crear una facultad de Astrofísica en Tenerife, con trampas, en fin, ¡boberías! Lo que quiero decirte es que, desde entonces, yo siempre tuve una relación con la posibilidad de venirme, si hubiere universidad aquí... Esa posibilidad surgió con Lorenzo Olarte y el CDS en el Gobierno, en el año 1987.

Entonces, aquí se monta un follón en la Escuela de Ingenieros. Yo acababa de dejar el Vicerrectorado de Estudiantes de la Universidad de Zaragoza; había sido decano de la Facultad de Ciencias, aguantando a catedráticos colegas nuestros muy antiguos que me falsificaban los boletines oficiales del Estado para engañarme, porque yo era un pardillo. El caso es que me dicen: “Roberto, ¿quieres venirte a dirigir la Escuela de Ingenieros Industriales, que tiene un follón?” Joaquín Ocón se había enfrentado a los estudiantes, simplemente, porque aplicaba una regla que es “respeto” y los estudiantes decían: “Te va a respetar su abuela”. Y entonces él se ofendía, cuando hoy en día te dicen “que lo va a respetar su abuela” y tú dices: “Pues es lo normal, yo quiero que mi abuela me respete”. Y lo consideras normal, pero entonces no era normal. El caso es que yo vengo a sustituir provisionalmente a Joaquín Ocón para arreglar la Escuela de Ingenieros Industriales y, entonces, fui director de la Escuela, donde conocí a un montón de gente, entre ellos a Antonio Núñez y a otros más. Conocí a los de Arquitectura, a Juárez, a Cáceres... la ver-

dad es que todos estos estaban ya cuando el “trío de Los Panchos”, que llamo yo, creamos los estudios de Arquitectura e Ingeniería diez años antes.

Bueno, en resumidas cuentas, ¿por qué me vine?: para dirigir la Escuela. ¿Qué pasó? Que arreglé la Escuela, porque les dije a los alumnos que haría una asamblea con todos y que votaran. Votaron y, después, yo hice lo que me dio la gana y me lo echaron en cara y me decían: “Hemos hecho una asamblea, hemos votado, hemos ganado y después usted hace lo que quiere”. Les dije: “¡Ah!, pero arreglamos las cosas”. Como arreglé eso, me dijeron: “Tenemos un problema, Roberto. La Laguna dice que en el Colegio Universitario no van a dar el tercer curso de Medicina y necesitamos un director y ningún catedrático de Medicina, ni de Ciencias ni de nada de la Universidad de La Laguna acepta ser director y, por ley, tiene que ser un catedrático, y solo nos quedas tú”. De hecho, yo era el único catedrático que quedaba, porque Joaquín Ocón se había retirado, y, de hecho, me nombraron como catedrático de Universidad para las primeras elecciones como miembro de la Comisión Electoral Provincial, porque tenía que haber un catedrático y no había, y era yo. Bueno, el caso es que me nombran director del Colegio Universitario de Las Palmas porque era el único catedrático que había en Las Palmas, y allí me enfrenté junto con los estudiantes jóvenes, jovencitos entonces, estaba el discípulo tuyo [refiriéndose a P.B.L.]...

«Me vine a dirigir la Escuela de Ingenieros Industriales y de ahí pasé a Director del Colegio Universitario»

P.B.L.— Manolo Sosa, Gerardo Garcés, Román [Rodríguez]...

R.M.D.— Román no era tan buen estudiante, enfollo-naba...

P.B.L.— Digo que formaba parte también de la primera promoción del Colegio.

Y.H.G.— En aquellos años, enseguida empiezan las ma-nifestaciones para solicitar una Universidad en Las Pal-mas...

R.M.D.— Eso es mucho antes, eso viene del año 60, ¿no?

Y.H.G.— Sí, pero, a principios de los 80, en el año 1982 fue la manifestación...

P.B.L.— En el año 1982 fue la primera gran manifesta-ción que, realmente, la organizamos en el Colegio Univer-sitario, absolutamente organizada y, cuando ya estaba organizada, nos dirigimos al Cabildo y a todos los alcaldes de los municipios. Hicimos una asamblea y dijimos que lo poníamos todo en sus manos; los del Colegio pasamos a segundo plano, y todavía recuerdo cómo una florista, que tenía un partido, una señora que tenía una floristería, ¿sabes quién es? [dirigiéndose a Y.H.G.] ofreció una torta a un político famoso de izquierdas porque se oponía a la creación de universidades aquí y quiso romper la mani-festación. Manifestación en la que hubo gente que fue y que no quería que se hiciera o que se pidiera universidad aquí y que, luego, estuvo en la cabecera de la manifesta-ción. También hubo sus más y sus menos entre algunos políticos para ver quién encabezaba la manifestación, al-guno de ellos de los que no eran partidarios de la creación de la Universidad...

Y.H.G.— Que se sumaban entonces a esa manifestación.

P.B.L.— Exactamente. Y yo te digo una cosa, yo hice va-rias declaraciones en los periódicos diciendo que yo no era partidario de crear una universidad aquí. Yo siempre

creí, y creo que hubiese sido lo lógico, que hubiese la Universidad de Canarias y que estuvieran los Centros donde fueran necesarios. Pero, el crear otra nueva universidad, desde mi punto de vista, era crear una estructura burocrática enorme, que no era necesaria. Lo que había que hacer era facilitar los estudios donde existiera el número suficiente de estudiantes y las condiciones para ponerlos.

«**Siempre creí, y creo que hubiese sido lo lógico, que hubiese la Universidad de Canarias y que estuvieran los Centros donde fueran necesarios**»

R.M.D.— Eso parecía lo lógico, ¿no?

P.B.L.— Yo defendí eso casi hasta el final, hasta que todas esas cosas de cerrazón de La Laguna me hicieron cambiar de opinión, pero, realmente, sigo pensando que esa hubiese sido la solución.

R.M.D.— Como en el País Vasco...

P.B.L.— Sí, a la Universidad del País Vasco la ponía antes como ejemplo y, además, el País Vasco tiene los mismos habitantes que nosotros.

R.M.D.— Si vamos a las hemerotecas y vamos a las entrevistas de verano, a la serpiente de verano del Diario de Las Palmas, yo me acuerdo que yo he sido predicador o pregonero de la Fiesta de Santiago, ¡cómo no!, y me acuerdo que fui a la radio y me dijeron: “¿Y usted qué es, predicador? Pregonero, ¿usted es estudiante?” Y yo les dije: “No, yo soy catedrático de la Universidad de Zaragoza”. Bueno... [Risas].

P.B.L.— Tú tenías la ventaja de que en Gáldar se sabía lo que era un catedrático; en Mogán, no. [Risas].

R.M.D.— No, en Mogán no lo sabían; en Gáldar lo sabían, pero lo han ido olvidando. [Risas]. De todas formas, lo que quería decirte es que el hecho...

P.B.L.— ... de una universidad canaria, en vez de la división...

R.M.D.— Sí, la universidad global es la que yo defendía también en las entrevistas esas. Es decir, que se creara la Facultad de Físicas, como decía, aquí y no allí; y la de Matemáticas, aquí, porque allí no hay, y equilibramos. Pero el problema fue, sistemáticamente, esa negación de la Universidad de La Laguna, y esa negación, al final, solo te deja una vía, y esa única vía era la ruptura y fue la que...

«El problema fue, sistemáticamente, esa negación de la Universidad de La Laguna, y esa negación, al final, solo te deja una vía: la ruptura»

P.B.L.— Se intentó arreglar, se intentó arreglar, porque, después de la manifestación del año 1982, se creó la Facultad de Informática y se creó el Centro Superior Universitario de Ciencias del Mar, más tarde Facultad de Ciencias del Mar, dependientes de la Universidad Politécnica de Las Palmas, aunque tenían su sede en el Colegio Universitario, digamos que estaban metidos de prestado en el espacio nuestro..., y también se creó la Facultad de Veterinaria. ¡No, no!, Veterinaria dependía de la Universidad de La Laguna y fue ya más tarde, al crearse la Universidad de Las Palmas, cuando se adscribió a ella. Y, luego estaban las nuevas Divisiones; el Colegio se amplió con las Divisiones de Derecho, de Geografía y de Filología..., y todos convivíamos allí y cogimos luego La Granja.

R.M.D.— Pero, perdona, eso lo hicieron con la creación de la Universidad Politécnica de Canarias, de Las Palmas.

PP.B.L.— No, no, no.

R.M.D.— Sí, sí, sí.

P.B.L.— Bueno, la Universidad Politécnica de Las Palmas se creó en ese momento, y se le dotó al Colegio Universitario de esas Divisiones, pertenecientes a La Laguna.

R.M.D.— En la misma Ley, en la misma Ley.

P.B.L.— Eso es. Y luego la otra manifestación fue en el año 1988 y esa sí que ya no la organizó el Colegio, sino que la organizó la Fundación Universitaria.

R.M.D.— Sí, ahí ya estaba Paco Rubio como presidente de la Comisión Gestora.

P.B.L.— Exactamente. Ahí hubo el problema de que, previamente, en el año 1983, había salido la Ley de Reforma Universitaria, según la cual existían dos años para la integración de los colegios universitarios, para transformarse en universidad o desaparecer, y desaparecieron varios colegios universitarios de España. El Colegio Universitario de Las Palmas pidió, como es obvio, la integración en la Universidad Politécnica y la Gestora de la Universidad Politécnica de Las Palmas votó en contra, de tal manera que el Colegio Universitario estuvo durante casi dos cursos adscrito a la Universidad de La Laguna, como parte de La Laguna; ya no era un colegio universitario, sino que formaba parte de la Universidad de La Laguna, hasta después de esa manifestación, cuando ya se creó la Universidad de Las Palmas, y ya vino la reversión de nuevo hacia eso. Y es una cosa que habitualmente se olvida, y disculpen los ingenieros que están por aquí, que no creo que estuvieran en esa época, señalar que la Universidad Politécnica de Las Palmas, la Gestora de la Universidad Politécnica de Las Palmas se negó a asumir al Colegio Universitario. ¿Razones? Puede haber muchas, entre otras cosas que el Colegio

Universitario tenía casi el doble de alumnos que la Politécnica y más del doble de doctores que la Politécnica y ya tenía bastantes numerarios. Yo creo que esa fue la razón, pero, en fin, es una opinión.

«La Universidad Politécnica votó en contra de la adscripción del Colegio Universitario»

R.M.D.— Es una opinión. Yo sumo, no resto a tu opinión, un hecho concreto, que las condiciones de asumir eran a coste cero. Quiero decirte, que el Gobierno de Canarias, alias ATI, no daba un duro más, o daba micro duros y, de hecho, fue así para que la Universidad Politécnica asumiera todas las enseñanzas de la provincia de Las Palmas. Entonces: “yo te regalo esto”, “hombre claro”, “cógelo, pero lo pagas tú”, “pero, perdone...”. Lógicamente, Arquitectura e Ingenieros dicen, “... el presupuesto corto o mediano o suficiente que tenemos...”. Mira, Pedro, el presupuesto pegó un bajón...

P.B.L.— Contrariamente a eso, Roberto, te diré que el presupuesto, cuando pasó a La Laguna, dependía de La Laguna, y las nóminas venían de La Laguna, es decir, que el dinero que sacaba el Gobierno era el mismo.

R.M.D.— Sí, pero en inversiones, ¿qué? Eso es de Personal...

P.B.L.— Lo que gastaba la División de Medicina y las otras Divisiones que ya dejaron de ser “Divisiones”, venía de La Laguna y las nóminas venían de La Laguna.

R.M.D.— Pero eso es Capítulo 1, ponte tú a sumar luego, pero, es lógico. Yo no estoy defendiéndolos, no estoy defendiendo una postura ni otra, estoy diciendo la situación exacta: cómo lo ves tú desde un lado y cómo lo ven los otros.

Yo tampoco estaba en el otro lado, yo era catedrático de la Universidad de La Laguna todavía, yo solo fui catedrático de la Universidad Politécnica cuando oposité, hice concurso, otra vez, después de haber hecho un concurso nacional y ser de los últimos catedráticos de universidad en cuyo nombramiento pone: “catedrático por oposición” o “catedrático en virtud de oposición”. En el tuyo pone otra cosa, tú no eres “catedrático en virtud de oposición”.

P.B.L.— En el mío pone: “Agregado en virtud de oposición y acceso a Cátedra”.

R.M.D.— Exacto, pues hablemos con propiedad. Entonces, ¿qué pasó ahí? Pasaba una cosa, que había una oposición sistemática de la Universidad de La Laguna que socavaba por debajo a la Universidad Politécnica para que no aceptara la integración, sobre todo, de Filosofía y Letras, porque Medicina fue siempre medianamente bien vista...

P.B.L.— Estás equivocado, porque lo primero que aprobaron fue todo, menos Medicina.

R.M.D.— Porque La Laguna no quería.

P.B.L.— Eso es lo que te estoy diciendo. La Laguna no quería, y en una reunión con Lorenzo Olarte...

R.M.D.— No, pero yo estoy defendiendo a Las Palmas.

P.B.L.— ¡Ah, no! Pero La Laguna no quiso Medicina.

R.M.D.— Yo estoy defendiendo la Universidad Politécnica de Las Palmas que yo viví. ¿Qué pasó con la Politécnica? Yo creo que la Politécnica nos hizo un gran favor; fue la primera Universidad. Fue la primera Universidad. Y si Manolo Lobo es catedrático de esta Universidad fue porque se creó la Politécnica, aunque él luchó contra ella y estaba en cabeza en una manifestación en contra, porque era el representante de la Universidad de La Laguna

en Las Palmas, era el vicerrector de la Universidad de La Laguna en Las Palmas, siendo catedrático de Escuela Universitaria, no catedrático de Universidad. Él es catedrático de Universidad gracias a que luchó en contra de la Universidad que le hizo catedrático.

«El Gobierno de Canarias, alias ATI, no daba un duro más para que la Universidad Politécnica asumiera todas las enseñanzas de la provincia de Las Palmas»»

P.B.L.— Sí, eso es cierto.

R.M.D.— Entonces, cualquiera que niegue eso, niega la realidad.

P.B.L.— La razón que yo te voy a decir es que, si realmente se hubiese integrado, si se hubiese creado la Universidad de Las Palmas al admitir todas las Divisiones del Colegio, la potencia para reclamar más presupuesto hubiese sido mayor que si solo se quedan unos pocos centros de la Politécnica aislados, y si ya tienes el Capítulo 1 seguro, las inversiones, obviamente, se hubieran conseguido. Pero el Colegio estuvo a menos de semanas de desaparecer por la negativa de la Politécnica, a menos de semanas. Y yo estuve a punto en esas semanas de perder la cátedra...

R.M.D.— Eso no lo veo bien. ¿Quién era el rector de la Politécnica?

P.B.L.— ¿El rector? ¿El presidente de la Gestora? Era Paco Rubio.

R.M.D.— Entonces, pregúntale a Paco...

P.B.L.— No tengo que preguntarle a nadie, yo solo estoy exponiendo hechos. Y yo, personalmente, estuve a semanas de perder la cátedra porque yo estaba nombrado por el rector de La Laguna, pero no era personal de La Laguna...

R.M.D.— Que no, que no... no hubieras perdido la cátedra ni de coña.

Y.H.G.— En cualquier caso, en el año 89, todas esas ren-cillas que verdaderamente existieron entre la Politécnica, entre La Laguna, el Colegio Universitario por medio, pa-recen superadas con una ilusión colectiva que fue la creación de la Universidad de Las Palmas. ¿Estamos de acuerdo?

P.B.L.— Sí, totalmente de acuerdo.

Y.H.G.— ¿Y cómo recuerdan esos primeros años de la ULPGC?

P.B.L.— Maravillosos. Yo creo que había mucha ilusión, era gente muy joven, con mucho impulso, con mucha participación y yo creo que fueron unos años bastante ilu-sionantes. No sé —yo ya estoy fuera hace años— si la ilu-sión se mantiene, porque han cambiado mucho los tiempos, han cambiado mucho los planes de estudio, la perspectiva de los profesores, la perspectiva de los alumnos, etcétera. Incluso, yo creo que la LRU, —yo soy pre-LRU, un agre-gado, como dice Roberto—, cambió las cosas, porque me refero a Medicina que es lo que más conozco. Antes tú opositabas, obviamente, como era normal en casi todo, teníamos que ir a Madrid, y había seis ejercicios elimina-torios, con prácticas, con trincas, etcétera. Llega la LRU y resulta que, en una plaza, de los cinco miembros del tri-bunal, tres te los nombraba la Universidad, habitualmente el Departamento, y dos venían a sorteo, —estoy jugando en campo propio, ganando 3-0—. Si era plaza clínica, —por eso no viene nadie de fuera, por ejemplo, como pro-fesores vinculados— el Hospital te pone dos, solamente hay uno, digamos, imparcial, que es por sorteo en el Mi-nisterio. Yo creo que eso no es bueno para el desarrollo de la universidad. La universidad, con ese sistema, se hace endogámica, absolutamente endogámica. Tú ahora quieres

traerte a cualquier persona a una plaza aquí y no vienen, porque saben que van perdiendo 4-0 de un total de 5. Eso no es bueno.

«Quieres traerte a cualquier persona a una plaza aquí y no vienen, porque saben que van perdiendo 4-0 de un total de 5 votos»

R.M.D.— ¡Ah!, claro.

Y.H.G.— Y esos primeros años de la ULPGC, ¿cómo los recuerdas tú, Roberto?

R.M.D.— ¿De la...?

Y.H.G.— Cuando estaba recién creada la ULPGC.

R.M.D.— Recién creada la ULPGC, fueron unos años de lucha. El rector y una comisión del Rectorado, en contra de la decisión de la Junta de Gobierno, se desplazaron expresamente a Madrid a luchar porque la Universidad Politécnica de Canarias pudiera integrar todas las enseñanzas de Las Palmas, porque ya estaba admitido que podía tener enseñanzas no técnicas. Ya estaba admitido en la creación de la Universidad Politécnica de Canarias. Esa comisión no consiguió prácticamente nada, estuvieron hablando con Mayor Zaragoza... Todo esto lo cuenta Antonio Núñez en ese artículo que digo, con fechas y leyes concretas. En definitiva, había un sistemático rechazo de los ingenieros y de los arquitectos a la integración con Letras, sobre todo con Letras, tú dices Medicina, pero no era Medicina...

P.B.L.— No, yo a lo que me refiero es a que cuando se creó la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, que ampliaba el Colegio y lo reconvertía, inicialmente se había aprobado sin Medicina y que, en una reunión en el Hotel

Iberia con Lorenzo Olarte, lo convencimos. Y quiero creer que tú estás equivocado de fecha, pienso que esa comisión sería antes, porque cuando se crea la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria las transferencias universitarias pertenecen al Gobierno autonómico de Canarias, y quién crea la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria es el Gobierno autonómico y, —hay que reconocerlo—, fundamentalmente, por el impulso de Lorenzo Olarte, pero las transferencias estaban hechas y Madrid ya tenía muy poco que decir.

R.M.D.— No, las transferencias estaban hechas, estoy de acuerdo, pero no hay un acto de creación, es lo que estoy diciendo, hay un cambio de nombre y una regulación territorial. Es quizás una finura, una delicadeza.

Lo que quería decirte respecto de la Facultad de Medicina es que los problemas de la Facultad de Medicina en Las Palmas, que yo viví como director del Colegio Universitario, nunca fueron locales, siempre fue la Facultad de Medicina de la Universidad de La Laguna la gran enemiga de la creación de la Facultad de Medicina. Si Medicina no se crea en Las Palmas, te aseguro que el camino habría sido más fácil, porque los médicos de Tenerife no se hubiesen opuesto tan frontalmente, todos ellos de ATI.

«El camino de la creación de la ULPGC habría sido más fácil sin Facultad de Medicina, porque los médicos de Tenerife no se hubiesen opuesto tan frontalmente, todos ellos de ATI»»

P.B.L.— Te voy a contar una anécdota personal. Antes de crearse todo esto de las plazas de la LRU, las plazas que salían a concurso tenían que cubrirse y, si no se cubrían por esa Universidad, pasaban a otras. Pues había dos plazas

vacantes de Medicina Interna en la Universidad de La Laguna y, en ese momento, yo estaba de catedrático en la Universidad de Oviedo y me daban plaza en el Hospital en Avilés y, luego, tenía las clases por la tarde, en Oviedo. Yo les dije: “Miren, yo en Las Palmas llevo el Departamento de Medicina y tengo plaza” y, además, hablaba con el rector gomero de la Universidad de La Laguna [Gumersindo Trujillo Fernández] y me decía que él aceptaba la comisión de servicio. Pues me negaron la comisión de servicio en el Departamento de la Universidad de La Laguna y esas dos plazas de Medicina las perdieron, y pasaron a otras universidades porque no tenían candidatos. Es una anécdota personal que, bueno...

R.M.D.— Eso se llama generosidad. Entonces, ¿quién es el enemigo?, ¿quién fue el enemigo? Ahora no se habla de enemigos, ahora todos son amigos.

P.B.L.— No, no, yo no hablo de enemigos.

R.M.D.— Yo sí, porque si hay que luchar con alguien es un enemigo, ¿o no? No lo sé.

Y.H.G.— Y de sus años académicos, ¿cuál recuerdan como el mejor momento y el peor vivido como profesor, como académico de la Universidad?

P.B.L.— El peor año fue en el Colegio Universitario, cuando el Cabildo decía —luego lo sufrí también en el Hospital— que eso no era una competencia del Cabildo y que, por lo tanto, eso lo tenía que pagar el Gobierno de Canarias y, entonces, dejó, prácticamente, de financiar al Colegio, y yo tenía que firmar las nóminas como director del Colegio a final de cada mes y, luego, ir y gestionarlas en La Caja de Canarias, y yo me imagino que porque desapareció, pero yo debo tener una deuda ahí, increíble, porque, teóricamente, las nóminas las avalaba el Cabildo

y las pagaba el Cabildo, pero quién firmaba y entregaba eso era yo...

«Mis peores momentos tienen que ver con el pago de nóminas, que hubo un momento que ya no pagaba el Cabildo porque eran competencia de la Comunidad Autónoma»

R.M.D.— ¡Pena de tarjeta negra...!

P.B.L.— Incluso recuerdo, estando de vacaciones en Fuerteventura, que La Caja de Canarias, —era agosto y no estarían los responsables que conocieran el negocio— se negaron a pagar las nóminas y tuve que venir de urgencia a solucionarlo. Es decir, que más que problema académico fue un problema de gestión. Y, luego, ocurrió lo mismo en el Hospital Insular. En el Insular, en el año 1997, Carmelo Artiles, —creo que es pertinente decir que fue el último presidente del Cabildo de Gran Canaria que realmente hizo muchas cosas—, se empeñó también en decir que el Hospital era sanidad pública y que no tenía que pagarlo el Cabildo. Entonces, como el Insalud no asumía la gestión del Hospital y el coste del Hospital y estaban ahí en lucha, me dijo: “Oye, hazte tu cargo de la dirección”. Yo ya había sido director el año 1980 o 1983, algo así. Teníamos que pedir al Materno [Hospital Materno Infantil] antibióticos, suero, apósitos... y el Materno nos suministraba, nos ayudaba mucho. Entonces yo llamaba a Eligio Hernández, que era delegado del Gobierno y compañero mío de Milicias, y le decía: “Eligio, ahora mismo mando una carta al juez de guardia diciendo que el Hospital no reúne las condiciones de seguridad para hacer asistencia sanitaria”. Y me decía: “¡Oh!, no hagas eso”. Al día siguiente, el grupo de gestión del Cabildo y yo nos reuníamos en Madrid con el Insalud y, después de ocho o diez reunio-

nes, el Insalud asumió el Hospital, precisamente un año antes de la creación de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, y fue el primer hospital dependiente del Cabildo que se integró en la sanidad pública y eso fue por la presión de Carmelo Artiles.

Y.H.G.— Pues antes de saber cuál fue el mejor momento de Roberto Moreno...

R.M.D.— Un segundo... Lo que dices, Pedro, es sintomático de la desidia del Gobierno de Canarias; está más claro que el agua. ¿Por qué en Tenerife esos problemas no surgieron nunca y surgieron en los hospitales públicos de aquí?

P.B.L.— Porque Tenerife está habitada por tinerfeños, por chicharrereros.

R.M.D.— *Too much for that*. La explicación está más clara que el agua, o sea que... Yo siento que tú hayas sufrido tanto, Pedro. Yo estaba en la Politécnica y, por lo tanto, ni sufría ni sentía. Quiero decirte..., la verdad es que pasaba bastante de la política, he pasado mucho de la gestión, —tú lo sabes— y eso se me ha perdido en cierto modo, —entre comillas me ha perdido—, y nunca he aceptado cargos de dirección, porque lo mío no es dirigir administrativamente, nunca me lo han pedido tampoco, así que estuve ajeno de los peores momentos que has pasado. Yo el peor momento que pasé fue como decano de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Zaragoza en los momentos previos a la muerte de Franco. Desde ese momento, yo decidí que solo admitiría cargos que fueran *light*. Y he sido director de un ICE [Instituto de Ciencias de la Educación] recién creado, director de una Facultad de Informática, que creé yo a mi gusto, cosas sencillas que no tuvieran ese tipo de estrés. Era joven y había sufrido demasiado para tener que seguir sufriendo.

P.B.L.— Yo he tenido que asumir, vamos, digo que he tenido porque me responsabilicé...

R.M.D.— Ya lo sé, ya lo sé.

P.B.L.— ... y he tenido que asumir varios cargos de ese tipo.

R.M.D.— Me lo recuerdas, pero yo ya lo sabía. Has tenido que cargar en tus espaldas unos problemas que con la Medicina Interna tienen algo que ver...

P.B.L.— Con el sacrificio.

R.M.D.— ... como la filosofía etrusca con la mecánica cuántica, que en el fondo tienen que ver.

P.B.L.— Y el mejor momento fue cuando terminó la primera promoción de Medicina. Nosotros ya teníamos por costumbre, al terminar Tercero, hacer una clausura de curso, vestidos de doctores los que lo eran... y a la que además iba Carlos Bosch, que, aunque no era profesor, lo invitábamos, al igual que a otros médicos que también eran doctores, y hacíamos un acto solemne en el Salón de Actos, con coro, cantábamos el himno universitario *Gaudeamus igitur* ...

R.M.D.— Con Falcón Sanabria...

P.B.L.— ... y luego en la clausura hicimos un Acto muy solemne de la primera orla de Medicina, que formaban un grupo fantástico de médicos, pequeño, porque teníamos un número muy reducido de alumnos. Terminaron unos cuarenta y tantos, y fue un momento espectacular, tanto el Curso como la culminación del mismo.

Y.H.G.— El tener ya unos graduados...

P.B.L.— Exactamente. La primera promoción.

Y.H.G.— Y, en tu caso, ¿tu mejor momento, Roberto?

R.M.D.— ¿Dónde?, ¿en la Universidad de Las Palmas?

Y.H.G.— En la Universidad.

R.M.D.— En las universidades de Las Palmas, en las diversas universidades de Las Palmas de Gran Canaria, y en todas las universidades. Es complicado. Porque no esperas que te pregunten por tu mejor momento. Pedro, ¿cuál ha sido tu mejor digestión? [Risas].

P.B.L.— Pues la última...

R.M.D.— Posiblemente mi mejor momento ha sido el último; ha sido cuando he pintado un cuadro del Rector y él lo ha aceptado.

Y.H.G.— ¡Ah, bueno! [Risas].

R.M.D.— Pero si hablamos en serio de la Universidad, quiero decirte que de la Universidad no se puede decir que tenga un mejor momento, yo creo que no se puede decir, cada tipo de vivencia tiene un mejor momento. Eso es como cuando te enamoras, cuando te enamoras tienes un gran momento, y después, ¡bah!, la cosa va como una gaussiana, con suerte, una gaussiana, pues, a veces, son dos exponenciales que caen.

**«De la universidad no se puede decir que
tenga un mejor momento, cada tipo de vi-
vencia tiene un mejor momento»**

Y.H.G.— Tú tenías claro, Roberto, que no querías gestión, que no te gustaba la gestión, pero el profesor Betancor...

P.B.L.— A mí no me gusta la gestión. He huido siempre de la gestión y de cualquier cargo.

Y.H.G.— Pero, profesor Betancor, quisiste presentaste a rector para gestionar la Universidad, ¿cómo fue aquello?

P.B.L.— Yo no quise presentarme a rector. Y hay mucha gente y este señor es testigo de que yo no quería presentarme a rector.

R.M.D.— Ahora vamos a contarlo. Él no quería.

P.B.L.— Yo no quería, y el tenerlo que hacer me supuso algún sacrificio porque tuve que renunciar a algunas cosas para hacerlo.

R.M.D.— Entre otras cosas, no le gustaba.

P.B.L.— Ese era un cargo que no me gustaba, además, yo me consideraba que soy clínico...

R.M.D.— Lo bueno que tenemos este y yo es que decimos las cosas a la cara.

P.B.L.— ... y el separarte cuatro años de la Clínica, cuando yo tenía cincuenta y tantos años, volver a reciclarte, no es fácil. Y a mí la política universitaria a esos niveles no me interesaba, ni personalmente ni profesionalmente. Yo estaba muy bien como estaba, pero tuve muchísimas presiones, entre otras, la del Rector en ese momento, que me dijo que forzosamente tenía que ser yo y que, durante muchísimas reuniones y apoyándose en otros muchos amigos o compañeros o fuerzas vivas, en numerosísimas reuniones que tú las conoces, Yaya, para que te voy a estar diciendo ahora, me presionó para que me presentara, y yo, finalmente dije: "Pues, voy". Creé un equipo que, creo, era muy bueno.

«Yo no quería ser Rector, porque me separaba de la clínica, pero tuve muchas presiones, entre otras, las del Rector de ese momento»

R.M.D.— Bueno, yo digo bueno.

P.B.L.— Y el programa, probablemente, era muy innovador. Y, según las encuestas, que ya sabes que, si se les da valor o no se les da valor, lo cierto es que, según esas encuestas, cuarenta y ocho horas antes, las elecciones eran mías. Pero hubo una cena famosa con estudiantes la víspera o la antevíspera de las elecciones, y yo gané en profesorado, gané en PAS y, de los sesenta votos de alumnos, obtuve un solo voto. Y así perdí yo las elecciones. Me liberé, pero, de momento, me sentó muy mal. Y me sentó todavía peor cuando alguien que me había impulsado mucho, mucho, mucho para que me presentara, me llama cuarenta y ocho horas después y, en vez de preguntarme cómo estaba o cómo me sentía, me dijo: “Te llamo porque creo que tu grupo me está criticando”. Eso fue lo que peor llevé; claro, de momento, me sentó muy mal.

Y.H.G.— ¿Y visto en la distancia?

P.B.L.— Me alegro mucho, mucho, mucho de no haber sido rector.

R.M.D.— *Dicen que la distancia es el olvido...* [canta el primer verso del bolero].

Y.H.G.— Ustedes estuvieron décadas en la Universidad en activo. El profesor Roberto Moreno, aunque ya no está en activo, sigue organizando algún EUROCAST y alguna otra cosa en la Universidad; el profesor Betancor nunca ha dejado de ser el gran maestro de Medicina. ¿Cómo han visto la evolución de la ULPGC? Desde que empezó la ULPGC hasta que ustedes dejaron de estar en el día a día, ¿cómo vieron esa evolución?

P.B.L.— Yo creo que, como decía antes Roberto con el amor, la ilusión, con el tiempo, se pierde o se aminora. Yo no creo que el estado actual de la Universidad responda a la perspectiva o a los objetivos que yo creía que tendría que cumplir o que debería estar cumpliendo. No estoy

dentro de ella, desconozco muchos detalles internos, pero creo que la esperanza de lo que tenía que ser y lo que yo veo desde fuera que es, hay una gran diferencia.

Y.H.G.— ¿Tú también lo crees, Roberto?

R.M.D.— Yo creo que el gran problema, Pedro, y te voy a dar mi opinión a ti y a Yaya y al resto, a todos los que quieran oír, pero sobre todo a ti, Pedro, que eres un hombre casi de mi quinta, mucho más joven, el gran problema de la universidad es, como diría un físico, que la universidad es un ente anti entrópico, es decir, crece con entropía negativa, o sea, que es como una nevera que intenta disminuir la temperatura en un desierto. Entonces, una universidad como la que conocemos nosotros es una universidad del conocimiento, una universidad del conocimiento es una universidad que solo se puede mantener en una sociedad rica que sea capaz de mantener esa entropía negativa a fuerza de chupar a otros países, claro. Entonces, nosotros, yo concretamente, tenía el modelo de la universidad del pensamiento y de la investigación. Sin embargo, ahora tenemos la universidad de la formación profesional, que es lo que se necesita.

«De la universidad del pensamiento y la investigación se ha pasado a la universidad de la formación profesional, que es lo que se necesita»

P.B.L.— Si fuera una formación profesional buena, yo estaría satisfecho, pero yo creo que no lo es.

R.M.D.— Porque es un híbrido.

P.B.L.— Ahora mismo y, vuelvo a polarizarme, que quizá no debiera, en Medicina, un alumno de segundo de Medicina ya no está pensando en hacerse médico, está viendo

cómo puede obtener una máxima calificación en el MIR y ya van a clase... hay unas comisiones de apuntes que, aparte de dejarles tú una presentación, te envían los apuntes por correo electrónico para que se los corrijas, y se los corriges... no les interesa el conocimiento.

R.M.D.— No les interesa saber, Pedro, en eso coincidimos. Es para emplearse.

P.B.L.— Están exclusivamente pendientes de ver si esta pregunta es prueba de MIR o no es prueba de MIR... Y me imagino que, en las otras titulaciones, que no conozco, pasará algo por el estilo.

R.M.D.— Porque la finalidad que tienen no es la de saber, sino la de emplearse. ¿O es que tú te crees que hacen el MIR para saber más? ¡No! Lo hacen para ganar un sueldo, ¡coño!

P.B.L.— No, no, no. La oposición de MIR era muy buena cuando había muchísimos alumnos, antes de que se estableciera el *numerus clausus* en las facultades de Medicina, y, sin embargo, salían muy pocas plazas de MIR, por lo que el MIR era una prueba eliminatoria; lo que pretendía era eliminar, no valorar el conocimiento, como se hace ahora, y esto ya hoy es lo que tendría que cambiar.

R.M.D.— Las universidades se dedican a producir gente para que tengan un sueldo, que es lo que la gente pidió en las protestas pro-universidad: “Queremos que nuestros hijos estudien para que los empleen y tengan un sueldo”. Eso es en el fondo lo que pedían. ¿Para qué quieren que sus hijos estudien? ¿Para que sepan más y sean “Aristóteles”? ¡No! Para que tengan un sueldo y puedan vivir. Entonces, ese es un objetivo que no es el objetivo de la universidad *sapiens*; la universidad *sapiens* es anti entrópica. Una universidad muy alta en investigación exige una

de estas dos cosas: o una sociedad que la mantenga, que, si es pobre, muy pobre, conforme sube una, baja la otra; o una sociedad rica que se chupa a los países de al lado para mantener a ese cono central, y que es Estados Unidos el ejemplo clásico. Estados Unidos chupa al resto del mundo para mantener sus universidades en *first-rate*. Para poner una universidad de rango uno en Mauritania tienes que chuparte toda la producción de pescado del país. La universidad es producto de la sociedad que la tiene.

P.B.L.— Yo tengo ahora muchísimas esperanzas con el profesor Serra y todo su equipo.

R.M.D.— Eres realista.

P.B.L.— Estoy esperando —ya se lo dije durante su candidatura, de la que me alegré mucho, cuando tuvo la delicadeza de comunicarme que se iba a presentar— que...

R.M.D.— Ahora te cuento una anécdota.

P.B.L.— ... que puede que dé un cambio a esto y pase un poco de ser lo soso, digamos, que viene siendo en los últimos años, te diría, quizás, ya décadas.

R.M.D.— Pedro, conocedor como sabes de la traición que te hicieron en su momento —fue una traición, más claro el agua, te lo dije entonces y te lo digo ahora y te lo volveré a decir cuando te encuentre otra vez— conocedor de eso, Serra, que me tiene cierto reconocimiento, porque tú le has hablado bien de mí...

P.B.L.— Con seguridad, porque, además, es una verdad: eres un ejemplo.

R.M.D.— Tuve la ocasión de comer con Serra antes de él anunciar su candidatura, por un motivo ajeno a todas estas cuestiones, ni siquiera médico. Y él me dijo que se iba a presentar y yo sabía que era muy amigo tuyo, porque

él me había invitado a un homenaje tuyo y lo demostró, aparte de que yo lo sabía. Y yo lo miré y le dije: “¿Tú estás seguro de que quieres presentarte a rector?”. Me dijo: “Sí, sí, sí”. Entonces le dije: “Pues habla con Pedro y pregúntale qué es lo que no tienes que hacer”.

P.B.L.— Tienes razón, tienes razón y, además, te digo, él tampoco tenía mucho interés en presentarse. Fue una plataforma, pero, en este caso, no mediática e institucional, sino de profesores y gente seria de la Universidad que pedían un cambio a gritos.

R.M.D.— Es que ha habido una sucesión: desde que Paco entró y estuvo veinte años de rector, cambiando los Estatutos adecuadamente, aquí ha habido una dinastía. El único que se salía un poco de la dinastía, porque andaba la mayor parte del tiempo por los Cerros de Úbeda, fue Regidor [José Regidor García, rector de la UPLGC, 2007-2016]. Todo lo demás fue dinastía. ¿Tú te crees que un señor que se opone a la creación de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, sistemáticamente, que encabeza manifestaciones, que es la oposición del Rector, —del presidente de la Comisión Gestora primero y, después, del Rector—, después es nombrado Vicerrector por ese señor y le sucede en el mando?, ¿eso qué es?... [Risas].

Y.H.G.— Eso es muy interesante, pero volvamos al mundo universitario... [Risas].

R.M.D.— Podría decir más cosas. [Risas].

Y.H.G.— ¿Qué cualidad consideran ustedes imprescindible para ser un buen universitario, un buen profesor, un buen investigador universitario, un buen maestro, al final, porque ambos son reconocidos en su área como maestros? ¿Qué cualidad hace falta para esto?

R.M.D.— ¿Puedo interrumpirte? [dirigiéndose a P.B.L.].

P.B.L.— Sí.

R.M.D.— Que sepa la asignatura, ¿verdad? [Risas].

P.B.L.— [Risas]. Lo primero. Eso es lo primero, porque ahora no es infrecuente que salga alguien catedrático sin haber dado el programa completo. No es infrecuente que salga alguien catedrático habiendo dado solo una parte del programa. Pero, yo creo que para considerarse maestro —yo no me considero maestro— hay que saber transmitir ilusión, despertar interés por el conocimiento, por la mejora, por la progresión, bien de la ciencia, bien de la práctica cuando se trata de una carrera con práctica. Y, a su vez, que tenga, ¡qué digo yo!, no amistad, porque con el estudiante uno no tiene por qué ser amigo, pero sí se tiene que ser empático, sin ser obviamente un abusador de estos que, para que lo califiquen bien en las encuestas, pues facilitan las pruebas; a mí siempre me calificaron bien y yo nunca fui un aprueba todos. Creo que el despertar ilusiones en el estudiante por lo que conoces y por lo que puede conocer derivado de lo que dices, y que dejes ese recuerdo ahí y que traten de imitarte es lo que realmente debiera ser un maestro. Porque una cosa es un profesor, que transmite conocimiento, sin más, y eso lo puede hacer por videoconferencia, sin ningún problema, incluso sin necesidad de vídeo; y otra cosa es el maestro y el contacto personal, el despertar esas ilusiones, el estimular, el no enseñar chorradas, sino cosas no solo prácticas, sino también de conocimiento profundo y que inviten a pensar: eso es lo que diferencia al maestro del profesor.

«Para considerarse maestro —yo no me considero maestro— hay que saber transmitir ilusión, despertar interés por el conocimiento»

Y.H.G.— ¿Roberto?

R.M.D.— Bueno, estoy de acuerdo en que hay esa diferencia, pero hay otras diferencias también. Yo creo que es el *trick*, que no es *trick*, que sale y te sale. Es el ilusionar. Yo me acuerdo de que yo, después de mucho tiempo, cogí una asignatura de Teorías de Sistemas en Informática y empecé hablando del *Big Bang*. Claro, a los alumnos de Informática de cuarto curso empezaba hablándoles del *Big Bang* y dirán: “Este profesor de Teoría de Sistemas se ha vuelto loco”. Evidentemente. Yo simplemente quería hablar del concepto de “tiempo”, de qué es el “tiempo” y de que el “tiempo” es un parámetro y, ¿cómo entiendes que el “tiempo” es un parámetro? Entonces se sintieron mal y fueron a hablar con el director del Departamento, que era Santi [Santiago Candela Solá], alumno mío, y le dijeron: “Oiga, don Roberto Moreno nos ha hablado hoy del *Big Bang* en clase de Teoría de Sistemas, mire a ver” y Santi se echó a reír y les dijo: “Déjenlo que siga hablando”. Yo creo que una gran cuestión es motivar; entonces, los alumnos ya se sintieron motivados por saber qué era el “t” ese que aparece en las ecuaciones de Teoría de Sistemas. Y el motivar es poner tú entusiasmo; si ellos ven que tú tienes entusiasmo explicando una cosa, entonces se suman a ti. Y para tener entusiasmo, hay que saber qué es la cosa, hay que saberse la asignatura, como decía antes. [Risas]. No solo hay que ser buen profesor, hay que saberse la asignatura y, además, quererla y tener entusiasmo. Es como si tú hablas de tu marido [dirigiéndose a Y.H.G.] o yo de mi mujer, es que no solo la conozco, sino que hablo con entusiasmo de ella: entonces estoy enamorado; si no, es que estoy a punto de... otra cosa. [Risas]. Pues con las materias es igual. Si hay un profesor que explica con entusiasmo, que te tira la tiza, que si estás mirando para otro lado te tira la tiza a la cara, es un buen maestro. En Me-

dicina hay que tener cuidado porque te tiran la tiza y te suspenden tres años seguidos... [Risas]. O sea que, esto es así, son muy conservadores, ¿eh?

P.B.L.— ¡Si tú vieras las tijeras en el quirófano cómo vuelan! [Risas].

R.M.D.— Pero, en fin, creo que es clave el transmitir. Es cierto, tienes que entusiasmar...

P.B.L.— ¡Oh, claro! Es lo que decía, tienes que despertarlos.

R.M.D.— Tienes que entusiasmar... [y decirles]: “Súbete conmigo, vamos a ver qué diablos pasa aquí. ¿Por qué la teoría del *Big Bang* puede ser falsa? ¿Por qué? Pues porque están utilizando en mecánica cuántica el tiempo de Newton, que es reversible, y en mecánica cuántica el tiempo no es reversible”. Y entonces te dicen: “¡Ah!, ¡claro!”.

Y.H.G.— ¿Qué relación tuvieron en su época con los diferentes estamentos de la Universidad? Con los estudiantes, ya han hablado de ello, pero con el PAS o con los otros profesores, ¿qué relación tuvieron?

P.B.L.— Yo tengo la creencia de que me he llevado bien con prácticamente todo el mundo; igual no tengo muchos que me quieran, pero que me odien creo que tengo pocos.

Y.H.G.— Esa es una gran virtud, ¿no?

P.B.L.— Me he relacionado muy bien con el PAS, con mis compañeros, con mis jefes, porque, en principio, no soy conflictivo. Si tengo que plantear un problema, lo planteo y, realmente, creo que no he tenido problemas personales, no los he tenido ni en mi Facultad ni con el resto de los centros o con las corporaciones.

Y.H.G.— ¿Tú, Roberto?

R.M.D.— Yo estoy de acuerdo con Pedro que lo mejor es pasar sin conflictos. Yo he tenido problemas sistemáticamente. Una vez me criticaste, tú, Pedro...

P.B.L.— ¿Yo?, ¡qué raro! [Risas].

R.M.D.— ¡Vete a la porra! [Risas]. ¿Por qué raro? Estábamos comiendo y éramos amigos... Es como si me dices: “Oye, Roberto, llevas el zapato desatado”. Y yo me lo ato, esa es la crítica. Me dijiste que quizá yo mimaba demasiado a mis pupilos, que los cuidaba mucho. En cierto modo, es posible que sí, es posible. Yo creo que, en general, los peores enemigos los he tenido entre mis discípulos.

«En general, creo que los peores enemigos los he tenido entre mis discípulos»

P.B.L.— Por eso te lo dije, ahora que lo recuerdo, por eso te lo dije, los mimas demasiado, y mi padre siempre me dijo que, si alguien te hace algo malo, pregúntate qué favor le hiciste.

R.M.D.— Sí, ese es el viejo dicho del comerciante holandés que le dice a otro: “Oye, Fulanito dice que tú eres un sinvergüenza y un ladrón”. Y le contesta: “¿Fulanito? No recuerdo haberle hecho ningún favor”. [Risas].

Entonces, así como he tenido alumnos que me satisfacen suficientemente —aparte de que tampoco necesitas de los alumnos para tener satisfacción, gracias a Dios—, he tenido alumnos que me han sido fieles. Es lo que llaman ser...

P.B.L.— ...leal.

R.M.D.— La lealtad es lo que en bastantes ocasiones no he tenido, pero, gracias a Dios, el 55% de las veces me ha salido bien. Un colega me decía: “Pues hasta suerte tienes, tío”. [Risas].

Y.H.G.— Un porcentaje amplio... ¿Cómo ven ustedes el presente y futuro de la universidad española? Antes hicieron una pincelada de una necesidad de un cambio, de cierto cambio. ¿Ustedes creen que la universidad que ustedes conocieron como estudiantes, como profesionales en su primera etapa, en general, no solo la ULPGC, necesita ser repensada de nuevo, o no?

P.B.L.— Sí, claro, es una situación muy compleja, pero estamos manteniendo una universidad que, prácticamente, ha tenido muy pocos cambios en los últimos cuarenta o cincuenta años, cambios reales...

«Estamos manteniendo una universidad que, prácticamente, ha tenido muy pocos cambios en los últimos cuarenta o cincuenta años»

R.M.D.— Estructurales, no.

P.B.L.— Entonces, tiene que haber, como dicen los ingenieros, una reingeniería de procesos... o algo así, una palabrota así.

R.M.D.— Cree en la palabra de los ingenieros como creo yo en la palabra de los médicos, o sea, nada.

P.B.L.— No, es que en la Medicina se emplea la ingeniería de procesos en la gestión sanitaria.

R.M.D.— Cuando te quieren confundir.

P.B.L.— Realmente, hay que repensar la universidad y adaptarla mucho más, no solo al presente, que ya no está adaptada al presente. De hecho, las personas que salen graduadas de cualquier tipo de grado, tendrían que saber desempeñarse en lo que han hecho, al menos, básicamente, en lo básico. Y se han hecho los másteres, que deberían ser para una especialidad muy concreta dentro de ese grado

general, porque están prolongando una formación que, yo creo, que, no es que el máster sobre, sino que habría que reorientarlo y dirigirlo mucho más a la realidad actual y también a lo que se prevé que nos viene. Y, muchas veces, estos másteres y estos cursos de formación se hacen, más que por necesidades que pide la sociedad, porque algunos profesores necesitan tener alumnos o hacerse créditos o cosas de esas, esa es la verdad, y, a veces, no se sostiene...

R.M.D.— O tener títulos inventados a medida.

P.B.L.— Yo creo que hay que cambiar los planes de estudios, en general, hay que darles una vuelta, no sé cuál, habría que pensar mucho y discutir mucho, pero, por supuesto, la universidad hay que cambiarla.

R.M.D.— Perdona, Yaya, que yo interrumpa, pero yo pensaba que esto era un diálogo entre nosotros y tú moderabas, pero, en fin, parece que no, pero, en fin, da igual.

P.B.L.— ¿Entre nosotros? ¡Ah! Yo creí que le estábamos contestando a ella.

R.M.D.— ¡No!, ella es invitada de aquí.

P.B.L.— ¡Ah!, vale.

R.M.D.— Perdona que te interrumpa...

Y.H.G.— Lo puedes hacer como quieras, yo intento interrumpir poco y dejarles hablar.

R.M.D.— Ya lo veo... [Risas]. Yo te interrumpiría sistemáticamente, Pedro, como si estuviésemos comiendo, que es la realidad, si estuviéramos comiendo sería mejor.

P.B.L.— Sí. [Risas].

R.M.D.— Yo creo que la universidad en la que tú entraste, Pedro, y en la que entré yo, era una universidad en

la que lo que pretendíamos era saber cada vez más, por lo menos yo; y tú también, tú querías saber, saber, de hecho, tú te has leído todas las revistas del mundo, de lo habido y por haber, para saber cuáles son los últimos síntomas no detectados de no sé qué coño, de no sé qué caramba. Y, entonces, en esta universidad por el saber, lo que queríamos es que ese saber nos diera para vivir. Punto. Y a eso nos dedicamos. Yo, concretamente, me dediqué a lo que me dediqué, a estudiar redes neuronales y ver si podría resolver problemas como los que resuelve el cerebro, porque es divertidísimo y, además, está muy bien, porque tiene muchas matemáticas y es bonito, y sirve para resolver muchos problemas y tal, pero no era para buscar un empleo.

«En la universidad que entramos, lo que pretendíamos era saber cada vez más»

El problema es que, al crecer la población, entonces, ¡haz algo! Resulta que si tienes un título universitario tienes más probabilidades de tener un empleo en tal o cual cosa. Entonces, todo el mundo quiere tener un título universitario. ¿Cómo surge la Universidad en Las Palmas? Por la necesidad de las familias de colocar a sus hijos. Las cosas como son.

P.B.L.— Pero para eso es mejor que se hagan fontaneros o electricistas; se colocan más fácilmente, tienen más listas de espera y ganan más que un licenciado.

R.M.D.— Sí, pero tienen que trabajar, tío. Ese es el problema.

P.B.L.— Ah, bueno, ese es el problema.

R.M.D.— Entonces, el problema es que la universidad se está transformando en una fábrica de graduados que buscan empleo. Eso no es ningún problema. Si esa es la

misión de la Universidad, ¡bendito sea!, ¡háganse las universidades tecnológicas!, como han hecho los alemanes con las *Technical Schools*, ahora *Technical Universities*, universidades tecnológicas. El EUROCAST se alimenta casi exclusivamente de gente que está trabajando en universidades tecnológicas. ¿Por qué? Porque es un tema de desarrollo y de aplicación práctica. Sin embargo, la Universidad Humboldt es una universidad del saber, y de esas hay pocas.

P.B.L.— Es el saber y el saber hacer, porque claro, en tu caso, igual basta solo con saber, pero si yo soy médico, yo tengo no solo que saber Medicina, sino que tengo también que saber hacer. De nada me sirve un médico que esté —además, tú los conoces como los conozco yo— siempre en el laboratorio, que es muy sano que haga mucha investigación... pero que luego saque una plaza de cirujano, como lo he visto yo, y que luego llegue a un quirófano sin, realmente, haber operado nunca en su vida... Entonces, si uno está motivado, porque le gusta la profesión, obviamente tiene que saber, pero tiene también que saber hacer.

R.M.D.— Claro, el *practicement*. Yo no digo que no tenga que haber gente que sepa hacer; precisamente, es eso lo que es importante, saber hacer. De hecho, en la práctica, lo importante es saber hacer. Ahora bien, quien dirige lo que hay que hacer es el que piensa; entonces, lo que habría que hacer es eso, en tu caso, y no me quiero meter con la profesión ...

P.B.L.— ... no, no te metas. [Risas].

R.M.D.— ... es crear una subclase de médicos que son los que actúan y la gran clase que son los que piensan.

P.B.L.— Esos no son médicos.

R.M.D.— Bien, entonces, ¿cuáles son los médicos?, ¿el de abajo o el de arriba?

P.B.L.— Les podemos dar otro nombre, como biólogos del hombre o lo que tú quieras. El médico, por definición, es el que escucha, diagnostica y, a ser posible, cura, y, cuando no puede curar, por lo menos, alivia.

R.M.D.— Es un hombre práctico, ese tiene una fauna, que ahora también...

P.B.L.— ... pero ese es el médico. Así como te preguntaba antes qué es la física teórica, que existe, yo no entiendo la medicina teórica. Esto es vivir en una jaula de Faraday, aislado de todo, y, además, no podrá entender absolutamente nada si no está en contacto con la realidad humana donde se ven esos procesos.

«Existe la física teórica, pero yo no entiendo la medicina teórica»

R.M.D.— Entonces, la Facultad de Medicina debería llamarse *Technical School of Medicine*, debería llamarse así, porque, realmente, lo que importa es una aplicación práctica en un colectivo donde los técnicos curan a la humanidad.

P.B.L.— No, no, la aplicación práctica, la mejora del conocimiento, la creación de nuevos conocimientos para aplicarlos.

R.M.D.— Para aplicarlos, claro. Todo eso lo hace la *Technical School*. Sí, enseña conocimientos para aplicarlos, pero no hay filosofía.

P.B.L.— Hay ciencias que tienen una parte práctica y otras que son ciencias puras, que es la división clásica que nos enseñaron a ti y a mí.

R.M.D.— Esa división clásica está *démodée*, “*démodé*” en francés es que está fuera de moda, ¿sabes?, pero, en fin...

Y.H.G.— ¿Creen ustedes, —yo sí lo creo, pero les pregunto a ustedes— que la sociedad grancanaria, por ejemplo, de los años 70 a la época actual, se ha modificado por tener una Universidad completa en la isla? ¿Creen que ese cambio ha sido mayor por eso, o no?

P.B.L.— Tengo muchas dudas. Yo creo que el número, o el porcentaje más que el número de personas, de las distintas clasificaciones que nos vamos a hacer ahora aquí, más o menos se mantiene constante, e incluso, en sociedades teóricamente mucho más adelantadas que la nuestra, pues tampoco es que influya mucho. La Universidad, por mucho que se quiera hacer popular, es otra cosa diferente a la universidad popular. La Universidad es el centro del conocimiento, del saber, etcétera, y, obviamente, eso a la población puede irradiar la práctica que adquieran en esos centros algunos profesionales, pero no creo yo que al constructor... le haya modificado mucho... bueno, que no tienen que mandar a sus hijos fuera y que la gente puede estudiar aquí, que antes no se podía ...

R.M.D.— ... buen ahorro.

P.B.L.— Pero lo que es la cultura general de la población, las inquietudes, etcétera, yo no creo que haya variado mucho.

Y.H.G.— ¿Y, tú, Roberto?

R.M.D.— Estoy de acuerdo. Con matices, pero de acuerdo. Siempre hay un efecto de radiación térmica, por así decirlo, de la universidad. O sea, hay acciones universitarias que no llegan a todo el mundo, pero llegan a una parte que antes ni siquiera llegaba a ellas, como es el caso

de muchas actividades universitarias e incluso muchos de los comportamientos. El problema está en que ha habido un cambio genérico de comportamiento muy global en toda la sociedad; entonces, el cambio de comportamiento que, en nuestra época, se reflejaba por el hecho de que universitarios que habían estado todo un curso estudiando en una universidad, llegaran a un pueblo, se notaba. Entonces, esa influencia es la que nosotros deseábamos para Canarias, que al tener la Universidad aquí, los universitarios que nosotros teníamos todo el año dentro de nuestra Universidad, al irse, al desparramarse, dejaran sentir la clase, en cierto modo, ¿verdad? [dirigiéndose a P.B.L.].

«Siempre hay un efecto de radiación térmica, por así decirlo, de la universidad»

P.B.L.— ... y un fondo de interés.

R.M.D.— Y eso, en ciertos casos, se ha intentado conseguir. Se inventaron las cuestiones estas de universidades de verano aquí, allá y acullá, pero muchas de ellas eran solamente montajes de verano.

P.B.L.— Y la universidad de la Tercera Edad está haciendo una labor, pero son labores limitadas, pero en la población en general...

R.M.D.— La población en general solo puede ser modificada a partir de los jóvenes, tú no puedes ir a los viejos a cambiarles la vida, entonces tienes que ir a los jóvenes...

P.B.L.— Claro, claro.

R.M.D.— Tienes que coger a los jóvenes, a los que tenemos aquí en la Universidad e imbuirles el espíritu ese de que cuando vuelvan a su entorno, a sus casas, den esa sensación de que son universitarios, pero ¿eso se enseña en la universidad? Eso no se enseña.

P.B.L.— Eso es lo que te iba a decir. Eso viene de más abajo, que también necesita muchos cambios.

R.M.D.— ¡Hombre!, la enseñanza primaria.

P.B.L.— Sí, necesita muchos cambios. Cuando llegan a la universidad, las personas tendrían que estar preparadas de otra manera.

R.M.D.— Sí, en eso estoy de acuerdo, pero cuando salen de la universidad también.

P.B.L.— Por supuesto. Es muy difícil cambiar, qué digo yo, cómo se coge el tenedor o se corta la carne, por poner un ejemplo, si no lo ha aprendido uno en su casa o no se lo han enseñado en el colegio...

R.M.D.— En el colegio mayor... a eso nos referimos. La universidad tiene un papel importante en la dispersión de la sociedad, porque son los estudiantes los que tienen que pensar la universidad. Hay que imbuir en el alumnado la consciencia de que si la universidad no mejora la sociedad es por ellos; ellos son los agentes, yo no voy a estar de pueblo en pueblo, ellos van a estar, ellos son los predicadores, ¿ok?

Y.H.G.— Yo tengo una última pregunta, pero ustedes pueden hablar todo lo que quieran, no quiero cortarles ni mucho menos...

P.B.L.— Es que tengo mucho calor... [Risas].

R.M.D.— ¿Nos invitan a cenar? [Risas].

Y.H.G.— Pero tengo una última pregunta y es saber si ustedes se consideran reconocidos, si todo lo que trabajaron por la Universidad, por sus alumnos, por la Medicina, por la Robótica, los años en los hospitales, los años haciendo investigación... pasado el tiempo, ¿se consideran reconocidos?

P.B.L.— Yo me siento muy reconocido y satisfecho del reconocimiento que realmente veo que puedo tener y al cual jamás soñé. En principio yo habría estado destinado a pescar, a ser un barquero en Mogán. Y sin embargo...

«En principio yo habría estado destinado a pescar, a ser un barquero en Mogán. Y sin embargo...»

R.M.D.— Tampoco te lo planteaste en aquel momento.

P.B.L.— No, no me lo planteé, me lo ha dado la vida, me lo ha ido dando y, muchas veces, sin yo querer. Luego, viendo las cosas y viendo el aprecio de determinadas personas, yo me siento muy agradecido tanto a la Universidad como a la profesión médica que he ejercido.

R.M.D.— Aparte de pequeñas jugarretas, por llamarle con una palabra que no empieza por “p”.

P.B.L.— Eso viene de por sí. No lo puedes tener todo. [Risas].

R.M.D.— Eso viene en el menú.

P.B.L.— No puedes pretender que todos te quieran, eso es imposible y tampoco lo pretendo.

R.M.D.— ¡Ah! Está en el menú, haber leído el menú. [Risas].

Y.H.G.— Y tú, Roberto, ¿te sientes reconocido?

R.M.D.— Pues, ¿qué quieres que te diga? Por ahora, me siento satisfecho de que mi esposa me reconozca todavía. [Risas]. Cuando era joven, hay dos cosas. [Tose mucho].

P.B.L.— Toma, toma un poquito de agua.

R.M.D.— Perdonen, es que tengo una flema aquí, doctor, que no se me quita...

P.B.L.— Podemos hacer una pequeña consulta aquí ahora.
[Risas].

R.M.D.— Sí, podemos aprovechar para una consulta.
[Risas].

Y.H.G.— ¿Cuántas consultas te hicieron en los pasillos de la Universidad, de “me duele aquí, me duele allí”?

P.B.L.— Muchísimas, muchísimas, pero no solo en la Universidad. En el muelle de Mogán o en la Cofradía yo he pinchado rodillas, he diagnosticado cosas, he hecho partos en Mogán, de joven, ahora no me atrevería, jamás... pero, en aquella época, venir a parir a Las Palmas eran tres horas.

Recuerdo una anécdota —la última que cuento—. Yo estaba haciendo la mili, al terminar la carrera, el primer año y yo todavía no tenía mucha práctica, casi no había empezado a trabajar, y tocan de madrugada en mi casa y preguntan: “¿Está su hijo? Oiga es que Fulanita está de parto, lejos, a dos kilómetros y pico de la playa”. Y yo dije: “Que avisen a Mariquita de la Cruz”. Mariquita de la Cruz era una señora, mujer de un marinero, muy mayor, que había hecho nacer a todos los chiquillos de la playa y, entonces, Mariquita fue conmigo y pilló una palangana, agua caliente y tal, y yo no sabía qué hacer y entonces yo le preguntaba: “Mariquita, ¿cómo va eso?” Y ella me decía: “Va bien, mi niño, va bien, yo le aviso” Y yo, cuando terminó todo, cogí solemnemente las tijeras, corté el cordón y lo até. [Risas]. ¡Ah!, con luz de carburo. Desde luego, la acción y el mérito fueron de Mariquita de la Cruz, porque yo no tenía ni idea, estaba asustado...

R.M.D.— Tus eras un experimentalista; no necesitabas teorías. Entonces no necesitabas saber qué era el tiempo “t” ni nada. No sé si me habías preguntado algo, Yaya.

Y.H.G.— Sí, si te sientes reconocido, Roberto.

R.M.D.— Yo me siento agradecido a mis maestros, a esos, muy agradecido; y reconocido por el 50.5% de mis alumnos, de mis discípulos, por llamarlos de alguna manera. Creo que cada uno ha ido por su aire, gracias a Dios, con lo cual no pueden recibir herencias mías. Y la Universidad, de vez en cuando, me da alguna alegría. [Risas]. Una vez me he jubilado, la Universidad, de vez en cuando, dice: “Vamos a hacerle un homenaje a Roberto”. Claro, como ya no queda nadie a quien hacerle homenajes, pues dicen: “A Roberto mismo”. Y entonces me hacen una cosa, me entregan una placa, que luego no sé dónde poner —en el Rastro no les recomiendo que vayan porque no las quieren, ¿eh? —, y eso que están grabadas...

«Yo me siento agradecido a mis maestros, a esos, muy agradecido; y reconocido por el 50.5% de mis alumnos, de mis discípulos, por llamarlos de alguna manera»

P.B.L.— Son baratas. [Risas].

R.M.D.— Sí, son muy baratas. [Risas]. Reconocido estoy. La gente que ha captado mi mensaje me reconoce y eso es importante porque, claro, que te reconozca un tío que no te entiende, pues eso sí que es casi ofensivo. Yo tengo una persona que me admiraba, lo que pasa es que se le ocurrió morirle al tío, Pepe Mira [José Mira Mira], que fue mi primer discípulo, mi primer amigo, mi primer compañero. Juntos discutíamos, creábamos, eso sí, comiendo almendras y bebiendo vino, en su finca de Pinoso en Alicante, que era un buen sitio para pensar al estilo griego, al estilo clásico. Él ha sido mi mejor discípulo y mi mejor amigo. El otro, Fonseca de Portugal [José L. Simões

Da Fonseca]. Aquí he tenido unos cuantos que no voy a citar para que no se encelen. Pero, la gran satisfacción, es que ellos me hayan entendido. Como decía mi maestro: “Cuando era joven tenía miedo de que me quitaran las ideas, ahora tengo miedo de que nadie las entienda”. Pues eso. No sé si te he contestado. Seguramente no te he contestado. [Risas].

Y.H.G.— Sí me has contestado y espero que este rato aquí haya sido un rato agradable de los que te ha aportado últimamente la Universidad.

R.M.D.— Sí, yo esto, por ejemplo, lo considero un reconocimiento. ¿Tú también, Pedro?

P.B.L.— Yo también lo considero un reconocimiento.

R.M.D.— Y si el Rector nos hubiera dejado hablar antes de irse... Lo que pasa es que, como es el Rector manda y ya está. ¡Ah!, ¿está ahí sentado? ¡Hombre, Lluís!... no sabía que estabas. ¡Ay, Dios mío!, ¡este me va a fusilar!

Y.H.G.— Ya que decías que se había ido y no habías podido hablarle, lo puedes hacer ahora.

R.M.D.— Sí, lo reconozco. Es que como está presente parece que le estoy haciendo la pelota. Es verdad, te voy a hacer la pelota, Lluís. Es una persona que, directamente, sin haber tenido contacto previo conmigo, simplemente estudiando mi historial y por lo que le decían otras personas, los amigos, la primera vez que nos vimos, me dijo: “Roberto, tú eres un referente de esta Universidad”. Eso para mí es uno de los piropos más bonitos que me han dicho nunca y perdonen que no haya sido una mujer quien me lo ha dicho, pero qué le voy a hacer.

P.B.L.— Pero no está de mal ver, tampoco él está de mal ver. [Risas].

R.M.D.— No, no, todo lo contrario. [Risas]. Yo le intento pintar un cuadro y espero que siga siendo amigo mío después de ello.

Y.H.G.— Pues si quieren añadir algo más... y, si no, terminamos la conversación.

P.B.L.— Gracias al Rector y a su equipo. Y a todo el grupo de Publicaciones por traer a dos...

R.M.D.— Y a la idea, vamos a decir las cosas claras, que seguro que la idea fue del Vicerrector de Cultura [Deporte y Activación Social de los Campus] que se la comunicó al Rector y el Rector le dio el visto bueno. ¿A que sí? ¡Eres generoso, LLuís!

P.B.L.— Ha sido una oportunidad, aunque yo lo paso mal delante de las cámaras de toda la vida, pero ha sido una tarde agradable charlando aquí con mi amigo, dos ancianos venerables, ya casi.

R.M.D.— Antiguos, no ancianos.

P.B.L.— Pero venerables.

R.M.D.— Todo lo antiguo es venerable.

P.B.L.— Muchas gracias por ello, Yaya.

R.M.D.— Muchas gracias, Yaya. Tu paciencia... el infinito no existe; ese es otro invento.

Y.H.G.— Para mí ha sido el grandísimo placer de estar con ustedes. Yo aprendo de cada palabra que ustedes dicen. Así que muchas gracias, muchas gracias.

Álbum de fotografías



De izquierda a derecha: José Luis Trenzado Diepa, Roberto Moreno Díaz, Lluís Serra Majem y Pedro Betancon León.



De izquierda a derecha: José Luis Trenzado Diepa, Roberto Moreno Díaz, Pedro Betancon León y Yaya Hernández Guerra



Instantáneas de los intervinientes con el rector y el vicerrector tomadas antes de iniciar el *Diálogo*, en el Aula de Piedra de la ULPGC.



Instantánea de Roberto Moreno Díaz y Pedro Betancor León tomadas antes del inicio del *Diálogo*, en el Aula de Piedra de la ULPGC.



Instantáneas de los intervinientes con el vicerrector y la moderadora antes del inicio del *Diálogo*, en el Aula de Piedra de la ULPGC.



Instantáneas de los intervinientes con el vicerrector y la moderadora antes del inicio del *Diálogo*, en el Aula de Piedra de la UPGC.



Instantánea de Pedro Betancor León antes del inicio del *Diálogo*, en el Aula de Piedra de la ULPGC.



Instantánea de Roberto Moreno antes del inicio del *Diálogo*, en el Aula de Piedra de la ULPGC.



Instantáneas de Roberto Moreno Díaz y Pedro Betancor León antes del inicio del *Diálogo*, en el Aula de Piedra de la ULPGC.



Instantáneas de los intervinientes con el rector antes del inicio del *Diálogo*, en el Aula de Piedra de la ULPGC.



Instantáneas de Roberto Moreno Díaz y Pedro Betancor León antes del inicio del *Diálogo*, en el Aula de Piedra de la ULPGC.



Los intervinientes en el Aula de Piedra de la ULPGC.
Los intervinientes y el rector se dirigen al Paraninfo de la ULPGC.



Instantáneas del rector, del vicerrector y de los intervinientes antes de iniciar el *Diálogo*, en el Paraninfo de la ULPGC.



Instantáneas del rector, de la moderadora y de los intervinientes antes de iniciar el *Diálogo*, en el Paraninfo de la ULPGC.



Instantáneas de Pedro Betancor León y Roberto Moreno Díaz durante el *Diálogo*, en el Paraninfo de la ULPGC.



Instantáneas del rector y de la moderadora durante el *Diálogo*, en el Paraninfo de la ULPGC.



Instantáneas de Pedro Betancor León y Roberto Moreno Díaz durante el *Diálogo*, en el Paraninfo de la ULPGC.



Instantáneas de Pedro Betancor León y Roberto Moreno Díaz durante el *Diálogo*, en el Paraninfo de la ULPGC.



Instantáneas al finalizar el *Diálogo*, en el Paraninfo de la ULPGC.

Pedro Betancor León



Catedrático de Medicina Interna de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Fue fundador de los estudios de Ciencias de la Salud de la ULPGC, primer decano de la Facultad de Medicina y director del Colegio Universitario de Las Palmas. Ha sido director provincial del Insalud, director del Hospital Insular y jefe del Servicio de Medicina Interna en el Hospital Insular y en el Hospital Doctor Negrín. Medalla de Oro al Mérito del Trabajo, hijo adoptivo de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria y de Mogán, e hijo predilecto de la isla de Gran Canaria.

Roberto Moreno Díaz



Catedrático de Electromagnetismo y de Ciencias de la Computación e Inteligencia Artificial de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Impulsor e introductor de los estudios de Informática en la ULPGC, ha sido decano de la Facultad de Informática, director del Instituto Tecnológico de Canarias y del Instituto Universitario de Ciencias y Tecnologías Cibernéticas de la ULPGC. Es Académico de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Madrid y Premio Canarias de Investigación.

Yaya Hernández Guerra



Licenciada en Ciencias de la Información, Sección de Periodismo por la Universidad Complutense de Madrid. Inicia su vida laboral en Radio Granada (Cadena SER), Diario de Granada y Diario Jaén (1981-1985). En 1985 se incorpora a la redacción de Canarias 7 y en 1989 a la Universidad Politécnica de Canarias, como responsable de la relación con los medios de comunicación. Desde 1990 está adscrita al Gabinete de Comunicación de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, desde donde ha colaborado con los equipos de gobierno de todos los rectorados que ha tenido la institución.

Diálogo Vivo ULPGC es un proyecto editorial del Servicio de Publicaciones y Difusión Científica de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, que pretende conservar, en formatos audiovisual e impreso, la memoria y la historia de la ULPGC a través del diálogo entre sus protagonistas.

En este tercer volumen de la colección, dos personalidades que participaron activamente en los años previos a la creación de la ULPGC, Pedro Betancor León desde el Colegio Universitario y, Roberto Moreno Díaz, desde la Universidad Politécnica de Las Palmas, dialogan con la responsable de relaciones con los medios de la ULPGC, Yaya Hernández Guerra.

La sesión fue grabada el 28 de julio de 2021 en el Paraninfo de la ULPGC y en ella, los dos intervinientes realizan un recorrido por su vida como estudiantes, profesores e investigadores, y analizan los años previos a la ULPGC. Cómo se vivía el día a día en situaciones universitarias que se podrían calificar de inciertas es una parte del interés de este *Diálogo*, así como conocer los orígenes de estas dos extraordinarias personas en una época en la que no era fácil estudiar una carrera en Gran Canaria. Estos dos canarios de renombre nos ayudan a comprender mejor lo vivido en la génesis de los centros que serían el germen de la ULPGC.

